

24/1036 M- VAR - 1175
SOCIEDAD MALAGUEÑA DE CIENCIAS
BIBLIOTECA

VIDA DEL CONDE DE BUFFON,

Á QUE ACOMPAÑAN

el discurso pronunciado al tiempo de su recepcion en la Académia Francesa, la relacion del viage que *Herault de Sechelles* hizo á Montbard en 1758, y el elógio fúnebre que á la memoria de su Maestro compuso el Conde de la *Cepéde*, su discípulo y continuador:

TRADUCIDA DEL FRANCES

Y AUMENTADA CON UN APENDICE Y NOTAS

Por Don J. M. A.

Naturæ genium, patriæ decus, ac decus ævi.
Anti-Lucrec.

MADRID
POR PANTALEON AZNAR.
Con las licencias necesarias.

M.DCC.XCVII.

SOCIEDAD MALAGUEÑA DE CIENCIAS
BIBLIOTECA

De la naturaleza inmortal genio,
Y de su patria y siglo el ornamento.

Anti-Lucrec.

PRÓLOGO
DEL TRADUCTOR.

La general aceptacion que, con tanta justicia, ha merecido en España la traducion de la historia natural del Conde de Buffon, promete á este libro la mas favorable acogida. El estúdio de las ciencias naturales va teniendo cada dia mas prosélitos y apasionados, y es de esperar que este gusto se extienda y propague universalmente dentro de pocos años, á medida del interés que resulte de su fomento, y del destierro de las preocupaciones contrarias á la introducion de las luces. El hombre se desengaña poco á poco y llega á conocer al fin las verdaderas ciencias para que le ha sido dado el entendimiento; y en este estado no se dexa llevar de ningun sistéma ó partido mas que del de la sana razon, auxîliada de la buena lógica, ilustrada por los conocimientos de la metafísica sensata y racional, dirigida por los hechos y descubrimientos de la física experimental, por la evidencia de los principios matemáticos, y convencida de los beneficios y utilidades

que diariamente provienen del estúdio de la historia natural, de la química, de la medicina, de la geografía y demas ciencias amigas de la especie humana. El amor de la naturaleza se ha substituido al de las cavilaciones metafísicas y á las ilusiones del entendimiento y del corazon, con que los sofistas de todos tiempos desfiguraron los principios naturales y sencillos de las ciencias mas benéficas y agradables. Este empéño y su consecucion se debe á los conatos de un corto número de hombres privilegiados, que, de pocos siglos á esta parte, han disipado con las luces de su ingenio las tinieblas que cubrian la faz de la Europa, cuyos nombres son demasiado conocidos y respetados para que yo me detenga ahora en hacer su elógio, superior por otra parte á mis limitados esfuerzos. Véase la nota última, sobre la restauracion de las letras en Europa, del Señor de Bury, página 158.

Pero entre estos padres de la filosofía y del buen gusto ocupa un lugar preeminente nuestro Conde de Buffon, de cuyo mérito literario se puede decir con toda propiedad lo mismo que decia Aurelio Fusco hablando de Ciceron, abandona-

do por Octavio y condenado á muerte por Antonio: *Mientras dure el genero humano, mientras se cultiven las letras, y sea la gloria el precio de la sublime eloqüencia, y mientras la naturaleza ó el estado de este mundo subsista ó se conserve su memoria, tú vivirás, admirable ingenio, en la posteridad; y proscripto en un siglo, proscribirás á Antonio en todos los venideros* (*). El Conde de Bufson no ha sido proscripto por su siglo, antes todo lo contrario; pero si alguna nacion ó algun indivíduo de ella no le apreciára, incurriría desde luego en la proscripcion de la última parte del texto Aureliano.

Nuestra España está libre de este borron, pues se cuenta en el dia en el número de sus admiradores. Las obras de Buffon andan en manos de todos, sin exceptuar el bello sexô que las maneja con fruto y deleyte. Y aunque en todos tiempos ha habido entre nosotros hom-

(*) Quoad humanum genus incolume manserit, quandiù usus literis, honor summæ eloquentiæ pretium erit, quandiù rerum natura aut fortuna steterit aut memoria duraverit, admirabile posteris vigebis ingenium; & uno proscriptus sœculo, proscribes Antonium omnibus!

bres dedicados al estúdio de la historia natural, como se lee en el prólogo de la traducion de Buffon, no teniamos en castellano una obra igual á la del Plinio francés; pero ¿qué nacion del mundo la habia tenido hasta que apareció la suya? Ojalá que al traductor no le falten la salud, el tiempo y las proporciones necesarias para llevar al cabo la version que con tan buena suerte está continuando! La historia natural y el habla castellana tienen igual interés en que la traducion de Buffon sea concluida por tan diestra mano. Véase la nota primera, página 145.

Un año antes de publicarse el primer tomo de la traducion de la historia general y particular de Buffon, tenia yo dispuesta para dar á la prensa la traducion de la obra francesa: *Génie de Mr. de Buffon* (ó espíritu de las obras del Conde de Buffon) impresa en París en 1778 sin nombre de autor; pero habiendo salido á luz el referido tomo en 1785, desistí de mi empéño inmediatamente que le leí, pues con la traducion de la historia natural, en los términos que se publicaba, quedaban sin fuerza las razones que á mí me movian entonces para

dar noticia en España de las obras de Buffon, y aficionar de aquel modo al público al importante estúdio de la naturaleza; y sin embargo de que el amor propio del hombre siempre se exâspéra algun tanto, quando no ve logrados sus trabajos, el mio se moderó con la reflexîon de que el principal fin se lograba mucho mejor con la traducion de la historia natural, que con el citado *espíritu* ó *extracto*, el qual, aunque comprensivo de los pensamientos mas sublimes de Buffon, nunca podia servir, como todas las obras de esta clase, sino para ocupar agradablemente el tiempo, é inspirar á todo mas á los lectores gusto al estúdio, preparandoles indirectamente el camino para la ciencia, pero nunca enseñandola como debe ser enseñada, esto es, fundamentalmente y por principios.

En 1788 sucedió la muerte del Conde de Buffon, y en el mismo año se imprimió en París su vida, tambien por un anónimo, que yo traduxe de allí á poco con el ánimo de publicarla; pero varios accidentes personales me distraxeron entonces de aquel proyecto, hasta que habiendo llegado últimamente á mis manos el tomo II de la *Historia natural de*

las serpientes, leí en él el elógio fúnebre del Conde de Buffon compuesto por su discípulo y continuador el Conde de la Cepéde. Agregué la traducion de este elógio á la de su vida, y estando en esto, encontré en un periódico extrangero del mes de Enero de este año, la *Relacion del viage hecho á Montbard en* 1785 *por Herault de Sechelles*; y dándome á mí mismo el parabien por estas adquisiciones, efecto de la casualidad, mas bien que de mi cuidado, ordené sin dilacion estas memorias en la forma en que ahora salen, añadiendo por mi parte un apéndice con el objeto de promover entre nosotros el importante estúdio de la naturaleza, excitando á todos á la lectura de las obras de este célebre naturalista de nuestro siglo, como allí se dice, é ilustrando algunos puntos con varias notas, que creí convenientes, principalmente las últimas que, para que no pareciesen demasiado dilatadas ó intempestivas, las puse al fin y como haciendo un cuerpo separado de la obra; y de esta coleccion de varios escritos ó memorias extrangeras pertenecientes á la vida del Conde de Buffon, resulta que ni los mismos franceses tengan un libro en

que se halle reunido todo lo que yo he reunido en éste, por cuya razon se hace mas apreciable que dichas memorias separadas, así como se ha hecho la traducion castellana de la historia natural, por la debida distribucion en sus respectivos lugares, de las adiciones, notas y correcciones posteriores del autor.

La vida del Conde de Buffon está escrita con naturalidad y sin pasion, y aunque su autor conviene en la sustancia de los hechos con la relacion de Herault de Sechelles, éste habla como testigo ocular de las acciones de Buffon, y pone anedoctas muy importantes, oídas de su misma boca en el tiempo que estuvo en Montbard. El discurso á la académia francesa sobre el estílo, merece la mayor atencion y basta para animar á los que procuran escribir con energía y exâctitud filosófica, y para desanimar y hacer temblar á los que sin esta circunstancia toman la pluma. En el elógio fúnebre del Conde de Buffon encarece dignamente el Señor de la Cepéde el mérito de su maestro, robando para esto á la poesía las imagenes mas sublimes y atrevidas, y todo su fuego y entusiasmo á la prosa oriental. ¡Qué grande es Buf-

fon en su elógio! A la verdad que no hay medio mas propio para excitar al estúdio de un autor, que dar una idea sublime de sus principios. Yo añadiría al encomio de Buffon el mayor á que puede aspirar un sabio que ha vivido con rectitud: *O varon sencillo en medio de su sabiduría, y sabio en medio de su sencilléz! varon útil á sí, á los suyos, á su patria y al genero humano!* (*) Esta alabanza, que nuestro buen español, el inmortal Séneca, daba en su tiempo al mejor hombre de la tierra, conviene en todas sus partes á las circunstancias del Conde de Buffon; y yo, contrayendome aquí al mérito de su historia natural, no puedo menos de aconsejar á la juventud española, como aconsejaba Horacio á los Pisones, quando hablando de los autores griegos les decia:

.....Vos exemplaria Græca
Nocturna versate manu, versata diurna.

Vosotros, ó jóvenes españoles, revolved la historia natural del Conde de Buffon, y leedla noche y dia.

(*) O virum sapientia sua simplicem, & simplicitate sua sapientem! O virum utilem sibi, suis, reipublicæ & humano generi! *Séneca.*

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS

EN ESTA VIDA

DEL CONDE DE BUFFON.

La vida que escribió un Anónimo, publicada en París en 1777. . Pág. 1.
Analisis del discurso pronunciado por el Conde de Buffon al tiempo de su recepcion en la Académia Francesa. . . . . . 32.
Relacion del viage que Herault de Sechelles hizo á Montbard en 1785, *con el fin de conocer y tratar al Conde de Buffon.* . . . . . 47.
Elógio fúnebre del Conde de Buffon, compuesto por su discípulo y continuador el Conde de la Cepéde. . 71.
Apéndice del traductor. . . . . . 90.
Invocacion que hace el Conde de Buffon al autor de la naturaleza. . . 135.
Nota primera sobre las innovaciones en materia de lenguas. . . . . . 137.
Nota segunda ó descripcion del hombre en los primeros instantes de su vida. . . . . . 152.

Nota tercera ó historia abreviada de la felíz restauracion de las artes y ciencias en Europa. . . . . 158.

ERRATAS.

Pág.	*lin.*	*dice.*	*léase.*
27	7	aromas.	*aroma.*
31	13	refulgente.	*reluciente.*
75	20 (de la nota)	Atico.	*Atica.*
123	1	quantos.	*quantas.*

VIDA
DEL CONDE DE BUFFON.

Jorge-Luis le Clerc, Conde de Buffon, nació en Montbard en la Borgoña, el 7 de septiembre de 1707, de un Consejero del Parlamento de aquella provincia, que destinaba al hijo á la misma carrera de la Toga; pero apoderandose de su alma muy temprano el amor de las ciencias, limitó toda su ambicion al deseo de cultivarlas exclusivamente. Tenia el Conde de Buffon en su misma provincia grandes exemplos para emprender una carrera tan brillante, y la emulacion contribuía asimismo á aumentar estas sus disposiciones naturales, pues la Borgoña, fecunda en literatos del primer órden, le ofrecia en lo antiguo un S. Bernardo, el primer ingenio de su siglo, que

tanta influencia tuvo sobre el espíritu público de aquellos tiempos; y en una época mas reciente un Bossuet, tan famoso por su eloqüencia y por la fuerza de su talento: los Crebillones, los Pirones, los Lamonoyes, y el presidente Bouhier: nombres propios para excitar el ardor de un jóven que se siente inflamado de una chispa de lo que se llama ingenio.

Estudió las humanidades en el colegio de Dijon (dirigido entonces por una sociedad célebre que produxo tantos hombres grandes y discípulos del mayor lustre), y sus maestros, descubriendo en él desde los principios el germen de aquel talento que tanto honor ha dado á la nacion, se esmeraron en desarrollarle y darle fomento, correspondiendo el discípulo por su parte á la diligencia y vigilancia de los maestros. Habiendo nacido con un vigor de temperamento poco comun, y con aquella aplicacion infatigable al trabajo, que no siempre es compañera del ingenio, se apasionó ardientemente al estudio, y, por dicha nuestra, no se aplicó su actividad á objetos frívolos ó de poco momento. La geometría excitó agradablemente su aficion y cu-

riosidad desde sus primeros años ; y todo el mundo sabe quanto contribuye esta ciencia para formar talentos exâctos , y que supone de antemano exâctitud de entendimiento. Estando en Angers , donde tenia su académia, en lugar de entregarse como los demas compañeros , á las diversiones propias de su edad , trabó estrecha amistad con el padre Landreville de la congregacion del oratorio , y catedrático de matemáticas en el colegio de aquella ciudad ; y en efecto , la amistad y consejos de aquel padre , verdaderamente sabio , le fueron de tanta utilidad , que *nunca* se acordaba, sin una especie de reconocimiento , de aquel precioso recurso que habia encontrado en la ociosidad é inaccion de una ciudad de provincia como Angers.

Habia nacido para tener amigos muy distinguidos , y siempre los escogia en la clase de aquellos hombres que unen á las luces y el talento, los principios de una excelente educacion. Mucho antes de dexar á Dijon , habia hecho íntima amistad con el Maestro del jóven Duque de Kingston , uno de los primeros Lores de Inglaterra , y el Mentor inglés pensó des-

de luego en agregar á sí un nuevo Telemaco para el viage que proyectaba hacer por la Italia. No pasaba á la sazon el Conde de Buffon de diez y nueve años; y este viage, que la mayor parte de las gentes emprenden únicamente por ver pinturas, estatuas y ruinas, causó en el jóven francés un efecto de mucho mas interés, por quanto consideró la Italia como un rico almacen de conocimientos de historia natural, que podian adquirirse libremente en campo raso y á cielo descubierto. El inglés Addisson habia visto antes que él en Italia situaciones pintorescas, que comparaba con las descripciones de los antiguos; pero Buffon, ayudado de un genio superior, vió allí las hermosas y magníficas escenas de la naturaleza, sus antiguas ruinas y sus convulsiones diarias. Allí derramó algunas lágrimas sobre las cenizas del Herculano, que habian sepultado á Plinio el mayor, como si la naturaleza hubiese querido vengarse del genio que se acercaba demasiado á acechar sus laboriosas operaciones. Aquellas cenizas, extinguidas al cabo de tantos siglos, parecian animarse aún para acalorar el entusiasmo

del jóven naturalista; y quizá se deben á este viage de Italia los monumentos que nos ha dexado de su inmortal ingenio.

A su regreso á Francia se ocupó en traducir algunas obras inglesas; lo que prueba que desde sus primeros años habia conocido la necesidad de entender una lengua que se ha hecho tan rica en buenos escritos de todos generos, y mas favorable aun al ingenio por el ayre de facilidad y franqueza que respira. Pero un jóven que empezaba á conocer sus fuerzas intelectuales, y que él mismo estaba destinado á ser traducido en todos los idiomas, no podia detenerse mucho tiempo en hacer traducciones.

Un viage que hizo á Inglaterra contribuyó tambien á distraerle de los trabajos que meditaba, si puede llamarse distraccion el deseo de instruirse por sus propios ojos y de ver por menor un país célebre, cuyos sabios pueden servir de tanta utilidad á quien tiene la ambicion de serlo. Así es que los tres meses que residió en Londres el Conde de Buffon, fueron para él lo que serían para otro muchos años, porque sabía emplear con utilidad el tiempo.

Por lo regular los hombres de talento carecen de los bienes que distribuye la fortuna, y suelen cortarse por esta razon los vuelos del ingenio. El Conde de Buffon se libertó de una desgracia tan comun en la carrera literaria, pues rico por la herencia de su madre, bastante inteligente en el manejo de los pleytos para recogerla, é igualmente económico para conservarla, estaba destinado, como el filósofo de Ferney, para ser superior á las necesidades y morir, como él, colmado de bienes de fortuna. En efecto, quince mil libras de renta anuales eran un caudal inmenso para un jóven de distincion, que subordinaba al gusto del estudio todas las demas pasiones, pues aunque buscaba con ansia la sociedad del bello sexô, no entendia de arruinarse por satisfacer sus caprichos; y por otra parte su inclinacion dominante al trabajo, no dexaba tiempo á sus atractivos para que hiciesen demasiada impresion en su alma.

Habiendo resuelto, por último, fixarse en la capital, vino á París, donde solo pensó en proporcionarse amistades y conexîones útiles para sus proyectos, que

él habia madurado ya con la meditacion, los quales dependian enteramente de la sublime idea de distinguirse de la multitud, haciendo tomar á los conocimientos de la naturaleza un vuelo y elevacion que no habian tenido antes de él. No porque no se hubiesen ocupado en lo mismo ingenios sobresalientes y sublimes, pues la Francia habia tenido sus Tournefort y otros hombres célebres, sino porque su imaginacion no habia sido bastante fecunda, ni su estilo bastante brillante para hacer palpables y sensibles á todos los entendimientos las bellezas de la naturaleza. Faltaba un gran pintor, y ninguno se conocia; esta gloria estaba reservada para el Conde de Buffon.

Ya el célebre du Hamel de Monceau habia dado á la Francia un fuerte impulso hácia estos objetos, y en todos los diarios, en todas las tertulias y sociedades literarias del reyno, no se hablaba de otra cosa sino de sus experiencias sobre la madera de construccion, sobre los árboles frutales, y sobre las diversas partes de la botánica. Du Hamel habia trasplantado á sus tierras de Gatinois las encinas del Canadá, los rhuyas de

Virginia, los plátanos de Occidente, y hasta los cedros del Monte-Líbano. Tenia algunos años mas que el Conde de Buffon; gozaba, como él, de cierta opulencia para un sabio (no eran tan ricos en aquel tiempo), y habia publicado ya obras útiles que habian fixado la atencion del gobierno. No fué menester mas para empeñar al Conde de Buffon en buscar su amistad y trato.

El mérito del Conde de Buffon, bien conocido ya en la Académia, estaba como señalandole algun puesto importante, que fuese de la jurisdiccion de las ciencias; y el Señor du Fay, Intendente del Real jardin botánico, pensaba en él para dexarle, como en legado y con el beneplácito de la Corte, esta parte mas preciosa de la herencia de un sabio. Le propuso al Conde de Maurepás, sobre cuyo particular he aquí cómo se ha explicado el sabio Fontenelle en el elogio del Intendente du Fay.

"Hizo su testamento, y casi la ma-
»yor parte de él se reducia á una car-
»ta que habia escrito al Conde de Mau-
»repás, manifestandole el sugeto que, en
»su concepto, era mas apto para suce-

»derle en la intendencia del jardin botá-
»nico. Le tomaba de la académia de las
»ciencias, á la qual deseaba anduviese
»siempre anexo aquel empléo, y la elec-
»cion del Conde de Buffon, que él pro-
»ponia, era tan acertada que el Rey tu-
»vo á bien no hacer otra."

Este elogio de Fontenelle es muy digno de notarse, y no hay cosa que haga mas honor al Conde de Buffon, que el modo con que el Nestór (*) de la literatura y de las ciencias, se producia desde entonces hablando de él. Fontenelle habia vaticinado la gloria del sucesor del Intendente du Fay, cuyo elogio es el último que salió de su pluma, y no queria terminar tan distinguida carrera, sin anunciar á la nacion un ingenio que iba á emprender otra no menos gloriosa que la suya.

Apenas fué nombrado Intendente del jardin del Rey, empezó el Conde de Buf-

(*) Fontenelle se llama el *Nestór de la literatura*, porque fué un sabio de primer órden que vivió cien años cumplidos. Es autor de la *pluralidad de los mundos*, y de otras muchas obras filosóficas y de literatura vária, que los amantes de la erudicion extrangera, conocen y aprecian en España.

fon á trabajar sériamente en la execucion de su gran proyecto, mirando como su principal negocio el que le habia ocupado siempre, y debia llenar en lo sucesivo todos los instantes de su vida. Es una felicidad para un hombre estar animado del espíritu de su empléo, y tambien una felicidad para el estado, el qual puede prometerse entonces recoger el fruto de las expensas hechas en favor de las artes y ciencias. En el año de 1744 se puso la primera piedra del magestuoso edificio de la historia natural; y el discurso *sobre la teoría de la tierra escrito en Montbard, probó á todo el* reyno que el Conde de Buffon sabía emplear los ratos ociosos de la vida del campo. Allí era donde maduraba y perfeccionaba las ideas adquiridas en el comercio de los sabios de la académia.

Hasta entonces la historia natural no habia sido tratada en Francia con la dignidad conveniente, y sucedia con esta ciencia lo que sucede con la medicina, la óptica y la química, que esperan todavía la mano del genio. No puede negarse que varios hombres de talento habian juntado los materiales, así en Fran-

cia como en los países extrangeros ; pero ninguno habia concebido la idea de levantar con ellos un edificio regular y magestuoso. Prescindamos ahora del espíritu de sistéma que quizá el Conde de Buffon ha llevado demasiado adelante, á cuya memoria no podrá ser injuriosa esta confesion. Los sistémas quando no estan apoyados en la experiencia, y quando la imaginacion sola los apuntála con sus congeturas, son edificios ruinosos que, báxo el primor de las decoraciones, encubren la instabilidad de su basa ; pero si se considera la hermosura del trabajo de la historia natural , las grandes y profundas miras que la distinguen , las descripciones tan ricas y tan variadas en que abunda , la felíz reunion y confrontacion de varios hechos aislados que la comparacion ha hecho tan luminosos , aquella fuerza de imaginacion que ha conducido al autor al exámen de tan diversas materias, aquella nobleza de estilo y aquel gusto exquisito con que ha sabido distribuir los adornos en las cosas que los necesitaban : quedarémos atónitos de lo que ha trabajado , se le pondrá en un lugar separado del de todos los naturalistas an-

tiguos y modernos, y el mismo Plinio se engreiría de verse colocado á su lado.

Si atendemos á la extension de sus conocimientos, es forzoso confesar que eran inmensos. Tenia presente toda la geografía del universo, y no hay cosa comparable á la rapidéz con que recorria esos espacios infinitos, confrontando las observaciones con los hechos geográficos: llevando en esta parte mucha ventaja á Plinio, cuyas descripciones del globo terrestre no son por lo comun mas que una nomenclatura estéril y árida. Buffon habia leído todos los viageros como filósofo que conoce lo que se debe tomar y dexar; y de ahí el partido que ha sacado de los hechos auténticos y constantes en los viages, que su pluma ha hermoseado en el discurso sobre el hombre y los animales. La erudicion del autor no es intempestiva, pesada, ó pueríl y vana: son hechos y resultados que por lo comun hacen discurrir. No hay cosa mas facil que seguirle en su carrera, aunque sea muy rápida; pero se lleva de calles al lector, á quien el calor del estilo no permite descansar ni permanecer en inaccion.

En quanto al conocimiento de tantos sistémas como hay analizados en la historia natural, es una especie de prodigio ver el caudal de lectura y de juicio que se ha necesitado para esto. La parte de la invencion no está descuidada en el arte de apreciar y valuar las ideas; pero lo que sobresale siempre en su historia natural, es aquel espíritu de observacion con que ha descubierto en los cuerpos y seres sensibles tantas propiedades nuevas, tantos instintos, tantos hábitos ó costumbres poco conocidas, tantas facultades que los sabios ni siquiera sospechaban, á pesar de haber tenido cien veces á la vista los mismos objetos. ¡Tan cierto es que el genio ve por sí solo lo que se oculta á la multitud, bien así como los ojos perspicaces del águila alcanzan á ver mas lexos y mejor que el vulgo de las aves!

Sería malgastar el tiempo extendernos aún sobre el mérito de la historia natural, obra inmortal cuyo plan y su desempéño han obtenido el voto de la nacion y de la Europa sábia. No hay cosa que mas lisonjée al hombre que comunicar á los demas el gusto de los co-

nocimientos que él mismo ha perfeccionado. La ambicion del Conde de Buffon era de propagar las ciencias en el mundo, y adquirirlas partidarios, que su estilo encantador no halló dificultad en seducir; y para conseguirlo, conoció desde luego la necesidad que habia de hablar al alma con imágenes, y al corazon con las expresiones de la sensibilidad. Por consiguiente, todo recibió movimiento y vida debaxo de su pincel: su prosa casi tuvo la elevacion y el colorido de la poesía: la naturaleza fué retratada en sus quadros con toda su pompa y gracias; y aunque el asunto prestaba por sí mismo muchos auxilios á la eloqüencia, se puede decir á lo menos que el autor era digno de tratarlo. Ningun pintor ha sabido enriquecer y engalanar tanto sus vastas y felices producciones, como el Conde de Buffon.

En nuestra nacion todo es moda, y el gusto de la novedad, ídolo el mas querido de los Franceses, produce comunmente efectos muy ventajosos. El que se debe al estilo del Conde de Buffon, fué extender en todas las clases de la sociedad culta, el gusto de la historia

natural, pues todo el mundo quiso ser naturalista ó parecerlo, á exemplo suyo. Empezaron á formarse por todas partes preciosas colecciones y gabinetes de curiosos, donde se distribuyeron y colocaron metódicamente las producciones raras de todos los países de la tierra: abriéronse cursos de esta ciencia, á que las mugeres hicieron punto de honor el asistir; y para facilitar este estudio, tan aliciente ya por sí mismo y descuidado mucho tiempo habia, se dedicaron varios compiladores erudítos á formar diccionarios, de que podian valerse el amor propio y la pereza en caso necesario; se aprendieron los nombres de las varias producciones que la naturaleza ha sembrado, como por via de juguete, sobre la superficie de la tierra, ó escondido en sus entrañas. Es verdad que muchos de estos sabios aparentes, no eran mas que aficionados ricos; pero sus numerosas colecciones podian ayudar al talento indigente, quando la mediocridad opulenta se dignaba de franquear á otros sus riquezas, y no era tan exclusiva como lo es de ordinario.

Estaba reservado para el Conde de

Buffon el imprimir á su siglo este primer movimiento: y esto precisamente en una época en que el talento de un número considerable de sabios del primer órden tenia asombrada con sus empresas literarias á la Francia y la Europa toda. El Plinio francés ocupa un puesto distinguido entre aquellos hombres grandes, y se semeja al Plinio Romano en que los Monarcas y sus ministros le favorecieron siempre, en que la fortuna le puso en estado de seguir un trabajo impracticable sin grandes medios, y en que el aguijon de la gloria concurrió tambien para excitarle á correr con pasos de gigante la noble carrera en que habia entrado.

Amigo del campo, porque lo era de la naturaleza, pasaba la mitad de la vida en sus tierras de Montbard, donde tenia magníficos jardines plantados por él mismo de toda suerte de árboles, así indígenos ó del país, como exóticos ó extraños. De esta manera se hallaba rodeado por todas partes de los objetos de sus estudios, y hasta sus mismas diversiones se los recordaban. ¡Qué digo! hallaba en Montbard, mejor que en París, el tiempo necesario para perfeccionar sus

ideas y darlas los colores mas propios para pintarlas á la imaginacion de los demas. Allí era donde se entregaba al embeleso de escribir, báxo de un cielo mas apacible y despejado, y en el recogimiento de un retiro profundo, cuya tranquilidad no alteraban los negocios de la corte, ni las visitas de los importunos. Una especie de pabellon, construído con la mayor sencillez, era el gabinete donde se complacía en estar á sólas con la naturaleza. Allí trazaba con pincél maestro vastos planos y grandiosos quadros, y se abandonaba á veces á los sublimes sueños de su fecunda fantasía. Montbard merece celebridad en la historia de las ciencias, como Ferney en la de las letras; y los extrangeros que viajaban por la Borgoña, nunca se acercaban á Montbard sino con una especie de veneracion y respeto.

El momento mas glorioso para el Conde de Buffon, fué aquel en que la académia francesa, esta sociedad ilustre, cuyas plazas han sido tan solicitadas y pretendidas en todos tiempos, manifestó el deseo que tenia de poseerle en su seno; y si hemos de dar crédito á lo que dicen al-

gunos sugetos, hasta le quiso evitar dicho cuerpo la incomodidad de las visitas de rigurosa etiqueta. Aunque esto se conforma muy poco con los usos constantes de la académia, acostumbrada á ser rogada siempre, el Conde de Buffon que estaba á la sazon en Montbard, compuso su discurso en la quietud del retiro, y volvió á París para tomar posesion de la plaza de académico: debiendo presumirse que cumplió con las formalidades de uso, antes de pronunciar su discurso de recepcion, el qual vamos á referir aquí como un modelo del estilo, que llena perfectamente el objeto que se propuso el autor al tiempo de elegir este asunto con preferencia á otro qualquiera. Solamente le harémos una ligera reconvencion sobre la primera línea de su discurso, donde parece incurre en la sospecha de vanidad, diciendo á toda la académia en cuerpo: *señores, vosotros me habeis colmado de honor, llamándome á vuestro seno.* Acaso no se necesitaba decir que la académia le habia llamado. La modestia siempre sienta bien á los hombres grandes, los quales deben á tantos espíritus mediocres el exemplo de revestirse, en las

ocasiones brillantes, de cierta moderacion que realza infinitamente mas las raras qualidades del ingenio.

Pero, como quiera que sea, he aquí las ideas verdaderamente luminosas que estan sembradas en aquel discurso, donde el autor, que era inteligente en la materia, se propuso tratar del estilo (*).

Quando el Conde de Buffon residia en París, las obligaciones de su empléo, las visitas y conexîones de la sociedad, no le dexaban el mismo tiempo para trabajar; pero su alma activa no estaba menos ocupada. Sagaz en el arte de interesar al gobierno en los progresos de su ciencia favorita, gastaba profusion y aun luxo en enriquecer el magnífico gabinete del jardin del Rey. Hubiera querido hacer de él el templo de la naturaleza, y decorarle con todas las especies de animales que hay en el universo, y con las muestras de todas las producciones que presenta la tierra sobre su superficie, ó oculta en su seno. Sus miras en este par-

(*) Me ha parecido mas conforme al buen órden de la narracion, trasladar el discurso del Conde de Buffon (que el autor francés introduce aquí), al fin de esta vida, donde le hallará el lector.

ticular eran verdaderamente sublimes, y el no haberlas realizado ha consistido en la falta de sus medios, y no de su gloria. Por lo demas, puso en contribucion á todos los países y soberanos de la tierra: las naves le conducian de climas muy remotos las riquezas que mas apreciaba; y aun en medio de los horrores de la guerra estas riquezas, prohibidas meramente por el nombre, eran respetadas por solo venir dirigidas á él. Gracias á sus cuidados, el gabinete del jardin del Rey se hizo el mas magnífico y completo de la Europa, y fué un nuevo motivo para que los extrangeros freqüentasen una capital que les ofrecia el expectáculo de tanta variedad de producciones nunca vistas.

El jardin del Rey estaba reducido antes á un espacio harto limitado, y aun no habia esperanza de ensancharle, porque lo estorvaba la contigüidad de ciertas propiedades eclesiásticas. El Conde de Buffon concibió la idea de extender las barreras, en que estaban como cautivas tantas plantas destinadas á los progresos de la medicina y botánica, y á satisfacer la vista de los curiosos; y á este fin compró un vasto terreno perteneciente

á la Abadía de San Victor, ocupado hasta entonces menos noblemente con almacenes de maderas, que podian muy bien trasladarse á otra parte. Abrieronse con este motivo nuevas avenidas ó calles, se formaron nuevos invernáculos y galerías para las plantas; y aquel barrio, despreciado tanto tiempo habia en esta inmensa capital, llegó á ser, por los conatos del Conde de Buffon, el teatro de la verdadera ciencia.

Este grande ingenio, abrumado, para decirlo así, con todos los laureles de la gloria, tuvo sin embargo sus contradictores. Muchos hallaban que su estílo no siempre se igualaba á la materia, ni era tan variado como los modelos que queria retratar; otros le acusaban de enfático: defecto capáz de echar á perder las mejores cosas, si el Conde de Buffon hubiera sido convencido de él. Todavía no se ha olvidado aquel dicho chistoso de Voltaire (buen juez por otra parte, quando no le dominaba la pasion), el qual gracejando sobre el título *historia natural*, solia decir por donayre: *NO TAN NATURAL*. El mismo autor no se mostraba mas indulgente respecto de los siste-

mas de Buffon, quando tratando de ellos se explicó libremente en estos versos:

Y aun hoy el mar de China de admirar no ha acabado
De haber al Pirinéo con sus aguas cercado.

Otras personas célebres le criticaban de que mas bien habia compuesto una novela, que una verdadera historia natural, y encontraban en sus obras muchos hechos aventurados y sin mas apoyo ni fiador de su realidad, que la sola imaginacion del ilustre autor; sin duda que estos críticos eran excesivamente severos en esta parte. Pero esta acusacion, que entre los franceses podia pasar por un efecto de envidia de la profesion, de que no estan mas exèntos los sabios que los demas, adquiria mas peso y gravedad en boca de los extrangeros, que se la repitieron varias veces. Sin embargo, todo el mundo hacía justicia á la hermosura de su estilo; y aquí es precisamente donde se podia decir que valía mas la fachada, que el interior del edificio.

Los que han conocido al Conde de Buffon saben quán enemigo era de los partidos ó pandillas: por consiguiente aborrecia de corazon á los hombres de esta

calaña. En los cuerpos literarios sucede, como en todos los demas, que por lo regular los ingenios mediocres son los que mas maquinan y se agitan para llegar á tener fama: los ánimos superiores desprecian esos baxos y miserables medios; pero como es propiedad natural de los intrigantes el mortificar y dar que sentir á los hombres de talento, no es de extrañar consigan á veces irritar vivamente su sensibilidad, dandoles en que merecer. Este quizá fué el motivo que indispuso y agrió el ánimo del Conde de Buffon contra ciertos sugetos que le acusaban de que no habia querido hacer cuerpo con ellos, echándole ademas en cara (nos inclinamos á creer que sin fundamento) que habia solicitado honores y distinciones, que un literato no desprecia, pero que puede pasar sin ellas. La cólera y resentimiento del historiador de la naturaleza, reventaron en una carta que se hizo demasiado célebre, y que el mismo Buffon sintió mucho que con tanta precipitacion se hubiese impreso; y yo sé de buen original, que no era el ánimo de su autor el que se publicára, sin embargo de ser bastante respetables en

sí mismos los motivos que la habian dictado. No obstante, como estaba concebida en terminos dirigidos á agriar los ánimos de los que en ella se nombraban, no es de pensar que el Conde de Buffon hubiese querido alterar la paz de sus últimos dias, con contestaciones y querellas que abominaba.

La sensacion que causó en el público la referida carta, tuvo ademas de malo para el ilustre octuagenario, que varios críticos insolentes se tomaron la libertad de ridiculizarle en un folleto, cuya indecencia y quanto en él habia de odioso, recayó, como se dexa conocer, sobre sus autores.

La misma carta dió lugar á una séria discusion gramatical, sobre que se hicieron apuestas. Se trataba de saber si el Conde de Buffon habia cometido ó no una falta contra la gramática francesa, usando de un verbo neutro en una significacion activa; y el Conde escribió al sugeto, que habia perdido la apuesta por defender su expresion, la carta siguiente:

"El Conde de Buffon ha recibido la »carta que el señor ** tuvo á bien es»cribirle, y conviene en que nunca ha

»estudiado la gramática; pero cree que un »verbo neutro puede alguna vez conver- »tirse en activo, particularmente quando »sirve para expresar bien una idea; bien »que esto no es de la jurisdiccion de la »gramática, la qual no se ha ocupado »jamás sino en tratar de las palabras, »como se ve en una infinidad de libros, »que nada expresan, aunque muy correc- »tamente escritos.

»El Conde de Buffon da al señor * * »las mas atentas gracias por los elogios »que con este motivo le ha merecido, y »le ruega que nunca vuelva á apostar so- »bre su palabra, porque siempre es ex- »puesto defender una causa ante unos jue- »ces que solo se paran en lo que es paja, »y hacen del grano muy poco aprecio (*)."

Por esta carta se dexa conocer que el ilustre académico francés hubiera recusado, en igual caso, aun el juicio de su mismo cuerpo. Sin duda que el conocimiento de su superioridad, le hacía celoso hasta de sus mismos defectos.

Se dice que gustaba mucho de las

(*) Véase en las notas puestas al fin, la del traductor (número 1.)

alabanzas: debilidad perdonable á los que se han atormentado toda la vida por captarse la opinion pública. Los continuos esfuerzos que han adquirido al hombre una gran reputacion, hallan su recompensa en las alabanzas que la contextan. Nadie habia trabajado con mas tesón que él en la perfeccion del estílo; y aun solia decir que el genio no era mas que una gran disposicion á la paciencia. Conforme á este su modo de pensar, valuaba sus obras segun el trabajo que le habian costado, y la opinion general le daba el derecho de apreciarlas mucho. Pero si el Conde de Buffon era tan sensible á las alabanzas, ¿qué hombre ha recibido hasta ahora homenages mas grandes ni de mas precio de parte de los soberanos extrangeros, que á porfia se han dado diligencia á visitarle, á su tránsito por este reyno, y que así de lo interior del norte como del medio-dia de la Europa, le han distinguido con relevantes señales de su verdadera estimacion y aprecio?

Tambien le tributaron homenage Poétas de la mayor celebridad y fama, cuyos obsequios eran mas deliciosos que

ninguna otra cosa para su corazon. Los hombres de mérito, que son sensibles al incienso de las alabanzas, tal vez no deben aspirar á otras con mas anhelo que á las de los Poétas, á quienes un talento singular distingue de la muchedumbre; quanto menos aromas prodígan, tanto mas suave y grato es su olor. Y así el Conde de Buffon se complacía en ver eslabonada la inmortalidad de su fama con la del autor del poéma de la naturaleza (*), á quien habia inspirado ya odas llenas de entusiasmo poético; y hubiera querido ver publicada, antes de morir, la grande obra del citado autor, el qual trabajando sobre el mismo asunto que el Conde, debia ser respecto de él, lo que fué Lucrecio para Epicuro.

El Conde de Buffon juntaba á una fisonomía noble y magestuosa, un carácter y conversacion que anunciaban suma sencilléz de costumbres; aunque por otra parte daba mucho valor á la represen-

(*) Le Brun, poéta distinguido de Francia, cantó las alabanzas del Conde de Buffon en su *poéma de la naturaleza.* Yo no he visto por acá este poéma, pero sí una analisis de él, donde el diarista inglés hace los mayores elogios de su mérito.

tacion exterior, y llevaba la opinion de que la idea que se forma de un sugeto, depende en gran parte del modo de vestirse y presentarse en público. De ahí aquella pasion suya á la magnificencia en el vestir: pasion justificada en cierto modo por el puesto que ocupaba en el mundo, y la figura que por razon de su empléo, se creía precisado á hacer.

Pero sentimos que un sugeto que se precia de haberle tratado con la mayor intimidad, publicáse en el diario de París, que todos los dias se peynaba y rizaba el pelo, y que para esta operacion, preferia, así en Montbard como en París, un peluquero de fuera, á su ayuda de cámara. La razon que da para esta preferencia, es el gusto que tenia en saber las noticias, de que estos caballeros estan siempre bien provistos, y en llevar una conversacion muy tirada con su barbero, que le tenia sentado en la silla largo tiempo.

A la verdad que es denigrar la memoria de los hombres grandes el dar lugar en su necrologio á semejantes puerilidades. Si el Conde de Buffon gastaba mucho tiempo al tocador, si se esmera-

ba en pulir y acicalar la persona, es una flaqueza y ridiculez que convenia dexar sepultada en el olvido. Rara vez se ve que el hombre de ingenio esté sujeto á semejantes debilidades, antes por el contrario cuida muy poco del adorno exterior, porque conoce demasiado lo que vale el tiempo; y la afectacion en esta parte, aun quando sea en un hombre grande, no es exemplo digno de proponerse á los que siguen la carrera de las letras.

El Conde de Buffon se agregó por sócios, en sus investigaciones sobre la historia natural, á los señores D' Aubenton y Gueneau de Montbelliard; y es bien notorio el trabajo considerable que ha hecho D' Aubenton en esta grande obra, cuya parte anatómica es enteramente suya, habiendose reservado puramente la del estilo el Conde de Buffon. Los señores Montbellaird y Bexon, canónigo este último de Santa Genoveva, trabajaron en algunos volúmenes, cuyos retazos parecieron tan bien escritos, que todo el mundo los tuvo por del Conde de Buffon: lo que á todo mas probaría, que su estilo podia ser imitado facilmente; pero los verdaderos inteligentes ha-

rán siempre distincion entre su pluma y la de sus cooperadores.

Habia mucho tiempo que este grande hombre padecia de mal de piedra, y aun hay apariencia de que hubiera alargado sus dias, habiendo consentido en que se le hiciese la operacion. El Doctor Portal, uno de los médicos mas célebres de la Corte, le asistió con el mayor esmero y atencion todo el tiempo que se vió atormentado de sus males, los quales pusieron término á la vida de este célebre naturalista en el mes de Abril del presente año de 1788, á los ochenta años y medio de su edad; y habiendose hecho la diseccion del cadáver, se encontraron dentro de la vexiga cincuenta y siete piedras. Su entierro fué muy acompañado de toda clase de gentes, y de gran número de literatos y personas de la mayor distincion. En Londres se le hubieran hecho los honores que se tributan á los Reyes despues de muertos, y su cadáver hubiera sido llevado en pompa al Panteon de Westminster, que es el San Dionisio (*) de aquel país.

(*) Panteon antiguamente de los Reyes de Francia,

Los sentimientos del Conde de Buffon en materia de religion, no eran equívocos, aunque en otro tiempo sufrió varias invectivas en que su nombre andaba inscripto en la lista de otros igualmente célebres, igualmente sospechosos de opiniones poco respetuosas sobre puntos de gran veneracion. Pero el Conde de Buffon exâminando el universo como naturalista, nunca tuvo intencion de conmover las sagradas basas sobre que estrivan y se afianzan la esperanza y tranquilidad de los pueblos. La conducta de su vida en Montbard, y el homenage público que en sus últimos instantes tributó á la religion, le ponen á cubierto de toda acusacion. Murió como filósofo cristiano, y la idea sublime de un estado futuro, que perfecciona los limitados conocimientos de esta vida, fué el último objeto en que se fixaron sus potencias moribundas (*).

cia, como lo es Westminster de los de Inglaterra, y el Escurial de los nuestros.

(*) En el apéndice á esta obra se hallará la *invocacion al autor de la naturaleza*, hecha por el Conde de Buffon con toda la energía y verdad de una alma que se halla penetrada de los sentimientos de religion, que el autor de su vida le atribuye con razon.

ANALISIS DEL DISCURSO

pronunciado por el Conde de Buffon al tiempo de su recepcion en la académia francesa.

En todos tiempos ha habido hombres que han sabido mandar á los demas por el poder de la palabra. Solamente en los siglos ilustrados se ha escrito y hablado bien, pues la verdadera eloqüencia supone el exercicio del talento y la cultura del entendimiento; y esta eloqüencia es totalmente diferente de aquella facilidad natural de hablar, que no es sino un talento, una qualidad concedida á todos aquellos, cuyas pasiones son fuertes, los órganos flexibles y la imaginacion pronta y ardiente. Estos hombres sienten vivamente, se impresionan del mismo modo, lo manifiestan con fuerza á lo exterior, y por una impresion puramente mecánica, comunican á los demas su entusiasmo y afectos internos. El cuerpo es el que habla al cuerpo; todos los movimientos, todos los signos y todos los gestos, sirven y concurren igualmente á causar este efecto. ¿Qué se necesita para mo-

ver y arrastrar á la multitud? ¿qué para conmover y persuadir á los demas? Un tono vehemente y patético, gestos expresivos y freqüentes, palabras rápidas y sonoras. Pero para el corto número de aquellos, cuya cabeza es firme, el gusto delicado y el sentido exquisito, y que como vosotros, Señores, cuentan por poco el tono, los gestos y el vano sonido de las palabras, son necesarias cosas, razones é ideas; se necesita saber presentarlas, darlas colorido y ordenarlas: no basta herir los oídos y ocupar los ojos, sino que es preciso obrar sobre el alma, y tocar al corazon hablando al espíritu.

El estílo no es mas que el órden y movimiento que damos á los pensamientos; si estos se estrechan y encadenan íntimamente, el estílo es fuerte, nervioso y conciso: si se suceden con lentitud y solo se unen á favor de las palabras, el estílo será difuso, floxo y rastrero.

Pero antes de buscar el órden en que hemos de presentar nuestros pensamientos, es necesario habernos formado uno mas general, en que solo deben entrar las primeras miras y las principales ideas; así es como, señalando á cada asunto un

lugar en este plan, será circunscripto y se conocerá su extension: así es como, teniendo continuamente presentes estos primeros lineamentos, determinarémos los justos intervalos que separan las ideas principales, y nacerán de aquí ideas medias y accesorias que servirán para llenarlos. Por la fuerza del genio nos representarémos todas las ideas generales y particulares segun su verdadero punto de vista; por la delicadeza de un discernimiento exquisito, distinguirémos los pensamientos estériles de las ideas fecundas; por la sagacidad que se adquiere con el uso habitual de escribir, conocerémos de antemano qual será el producto de estas operaciones del alma. Por poco vasto ó complicado que sea qualquiera asunto, rara vez puede abrazarse de una sola mirada, ó ser penetrado todo entero al primer esfuerzo ó único conato del genio; y aun es negocio raro el que, despues de mucha meditacion, se comprendan y vean de una vez todas sus relaciones diferentes. De consiguiente, ninguna aplicacion de nuestra parte será por demas, y este es el único medio de consolidar, estender y elevar nuestras ideas,

pues quanto mas cuerpo y fuerza las demos, tanto mas facil nos será despues realizarlas por medio de la expresion.

Este plan no es todavía el estílo, sino su basa ; él lo sostiene, lo dirige, arregla su movimiento y lo sujeta á leyes. Sin esto el mejor escritor se extravía, su pluma camina sin guia, y tira á la ventura líneas irregulares y figuras disonantes. Por muy brillantes que sean los colores de su pinçél, y por mas bellezas que siembre en las adherencias de la obra, como el conjunto ó todo de ella saldrá irregular, de nadie será entendido, el edificio quedará sin construír, y admirando todos la travesura de imaginacion del autor, echarán de ver su falta de genio. Esta es la razon por qué los que escriben como hablan, aunque hablen muy bien, escriben mal ; porque los que se abandonan al primer fuego de la fantasía, toman un tono que no pueden sostener ; porque los que temen perder pensamientos aislados, fugitivos, y que escriben en diferentes épocas retazos sueltos, nunca los reunen sin transiciones violentas ; en una palabra, esta es la razon por qué hay tantas obras hechas de taracéa, y tan po-

cas vaciadas al primer golpe.

Sin embargo todo asunto es uno, y por vasto que él sea puede contenerse en un solo discurso. Las interrupciones, las suspensiones y las secciones, solo deberán usarse quando se trata de asuntos por su naturaleza diferentes, ó quando habiendo de hablar de cosas grandes, espinosas é inconêxas, se halla interrumpido el vuelo del ingenio por la multiplicidad de los obstáculos, y cohibido al mismo tiempo por la necesidad de las circunstancias; de lo contrario, el excesivo número de divisiones lexos de hacer mas sólida una obra, destruye su trabazón: el libro parece mas claro á la vista, pero el designio del autor queda envuelto en tinieblas; no puede causar impresion en el espíritu del lector, ni aun hacerse perceptible sino por la continuacion del hilo, por la dependencia harmónica de las ideas, y por una explicacion sucesiva, una graduacion sostenida, un movimiento uniforme, que toda interrupcion destruye ó debilita. ¿Por qué todas las obras de la naturaleza son tan perfectas? Porque cada una de ellas es un todo, y porque trabaja sobre un plan

eterno, del qual no se desvía ni aparta nunca. Ella prepara en silencio el germen de sus producciones, bosquexa por un acto único y simple la primitiva forma de todo ente viviente, la desarrolla y perfecciona por un movimiento contínuo y en determinado tiempo. La obra admira; pero lo que mas debe excitar nuestra admiracion es el sello de la divinidad, cuyos caractéres lleva impresos. El espíritu humano nada puede crear, ni será jamás capaz de producir, sino despues de haber sido ayudado por la meditacion y la experiencia; sus conocimientos son el germen de sus producciones; pero si imita los pasos de la naturaleza y su modo de obrar, si se eleva por la contemplacion á las verdades mas sublimes, si las reune, si las encadena y forma un sistéma completo de todas ellas por medio de la reflexìon, erigirá monumentos inmortales sobre sólidas é inalterables basas.

Por esta falta de plan y por no haber reflexìonado lo suficiente sobre su objeto, se halla el hombre de ingenio embarazado, sin saber por donde ha de empezar á escribir. Percibe un gran nú-

mero de ideas, mas como ni las ha comparado ni subordinado unas á otras, no se resuelve á preferir estas á aquellas, y permanece en su perplexidad. Pero una vez hecho el plan y reunidas y ordenadas todas las ideas esenciales á su asunto, distinguirá claramente el momento en que ha de tomar la pluma, conocerá el punto de madurez de la produccion del ingenio, se acelerará en hacerla brotar, y aun tendrá deleyte en escribir; los pensamientos se sucederán facilmente, y el estílo será natural y fluido; el calor nacerá de este deleyte, se propagará por todas partes, y dará vida á cada expresion: todo se animará mas y mas, el tono se elevará, los objetos adquirirán color, y juntandose el sentimiento á la luz, lo aumentará, lo llevará á mas altura, lo hará pasar de lo que se dice á lo que se va á decir, y el estílo se hará mas importante y luminoso.

Nada es mas opuesto al calor, que el deséo de introducir por todas partes agudezas y gracejos; nada es mas contrario á la luz, la qual debe formar como un cuerpo y estenderse uniformemente en un escrito, que las chispas sacadas violen-

tamente y á fuerza del choque de las palabras unas con otras, las quales solo nos deslumbran por algunos momentos, para dexarnos despues en mas espesas tinieblas; son pensamientos que solamente brillan por la oposicion. No se presenta iluminado mas que un lado del objeto, todas las demas faces se dexan en la oscuridad, y comunmente ese lado que se elige es una punta, un ángulo sobre el qual se le hace juguetear y distraerse al entendimiento, con tanta mayor facilidad, quanto se alexa mas de las grandes faces, conforme las quales acostumbra la sana razon considerar los objetos.

No hay cosa que mas se oponga á la verdadera eloqüencia, que el uso de esos pensamientos sutíles, de esas ideas aëreas é insustanciales, que á semejanza del metal batido, no adquieren brillo, sino á costa de su solidez; por consiguiente, quanto mas uso se haga de ese talento sutíl y brillante en un escrito, tanto menos nervio, claridad, estílo y calor tendrá: á no ser que la naturaleza del asunto requiera semejante talento, y el escritor no lleve mas objeto que divertir y entretener; en cuyo caso el ar-

te de decir bagatelas, es quizá mas difícil que el de decir cosas grandes.

Nada es mas contrario á la belleza del natural, ni rebaja tanto el mérito de un escritor, como la fatiga que se toma para expresar las cosas ordinarias ó comunes de una manera pomposa y singular. Lexos de admirarle las gentes, lamentan el tiempo que ha malgastado en hacer nuevas combinaciones de sílabas, para no decir mas que lo que todo el mundo dice. Ese es el defecto propio de los talentos cultivados, pero estériles. Como tienen abundancia de palabras, y escasez absoluta de ideas, trabajan sobre las palabras, y creen haber combinado ideas, porque han ordenado frases, y haber purificado el lenguage, quando le han corrompido á fuerza de violentar el sentido de las voces. Estos escritores no tienen estilo, ó si se quiere, solo tienen su sombra; el estilo debe gravar los pensamientos, y ellos no saben mas que delinear palabras.

Para escribir bien, se necesita poseer con perfeccion la materia, y meditarla bastantemente para ver con claridad el órden de los pensamientos, y formar de

ellos una série, una cadena no interrumpida, cuyos eslabones representen cada uno de por sí una idea; y quando se haya tomado la pluma, será necesario conducirla sucesivamente sobre este primer pensamiento, sin permitirla desviarse de él por ninguna manera, sin apoyarla con demasiada desigualdad, y sin darla mas movimiento que el que estuviere determinado por el espacio que debe correr. En esto consiste la severidad del estílo, esto es lo que constituirá su utilidad y arreglará su rapidez, y esto solo bastará para hacerle preciso y sencillo, igual y claro, vivo y seguido. Si á esta primera regla, dictada por el genio, se agregan gusto y delicadeza, escrupulosidad en la eleccion de las expresiones, y atencion y esmero en no nombrar las cosas sino con los términos mas generales, el estílo será noble. Si ademas se agregan la desconfianza del primer movimiento, el desprecio de todo lo que solo es brillante, y una repugnancia constante á todo lo que es equívoco y agudeza, el estílo será grave y aun magestuoso. Finalmente, si se escribe como se piensa, y estamos convencidos de lo que

queremos persuadir, esta misma buena fe con nosotros mismos, que es el origen de nuestras atenciones para con los demas, y la que constituye la verdad del estílo, le hará producir todo su efecto, con tal que esta persuasion interior no sea obra de un entusiasmo demasiado violento, y reyne por otra parte en el escrito, mas candor que confianza, mas razon que acaloramiento.

Así es, Señores, como me parecia que me enseñabais leyendo vuestras obras: mi alma, que recogia con ansia los oráculos de la sabiduría, queria remontar su vuelo y elevarse hasta vuestra altura; pero ¡vanos conatos mios! "Las reglas, me deciais, no pueden suplir al genio, y si ese falta, serán inútiles; escribir bien es lo mismo que pensar bien, sentir bien y expresar bien: es tener á un mismo tiempo alma, gusto y talento; el estílo supone la reunion y exercicio de todas las facultades intelectuales; las ideas solas forman lo que es el fondo del estílo, pues la harmonía de las palabras no es mas que una circunstancia accesoria que no depende sino de la sensibilidad de los órganos; basta tener un po-

co de oído, para evitar las disonancias de las palabras, y haberle exercitado y perfeccionado con la lectura de los Oradores y Poétas, para que qualquiera se incline mecánicamente á la imitacion de la cadencia poética, y de las frases y giros de la oratoria. Pero la imitacion nada ha creado hasta ahora; por consiguiente, esta harmonía de las palabras, no constituye ni el fondo ni el tono del estílo, y se encuentra por lo comun en escritos vacíos de pensamientos."

El tono no es mas que la conveniencia ó conformidad del estílo con la naturaleza del asunto. Nunca debe ser forzado ó violento, sino que ha de nacer del fondo mismo de la cosa, y depender principalmente del punto de generalidad á que se hayan dirigido los pensamientos. Si nos hemos elevado á las ideas mas generales, y el objeto es grande en sí mismo, el tono se elevará á la misma altura; y si, sosteniendole en aquella elevacion, tenemos bastante genio para dar á cada objeto una fuerte luz y claridad, para añadir la belleza del colorido á la energía del diseño, para representar en suma cada idea por una imagen viva y

bien acabada, y formar de cada série de ideas un quadro harmonioso y animado, el tono no solamente será elevado, sino sublime.

Aquí, Señores, la aplicacion haría mas que las reglas, y los exemplos instruirían mejor que los preceptos; pero como no me es permitido citar los pasages sublimes que tantas veces me han enagenado, leyendo vuestras obras, me veo precisado á limitarme á puras reflexiones. Las obras bien escritas seran las únicas que pasarán á la posteridad: la multitud de los conocimientos, la singularidad de los hechos, y hasta la novedad de los descubrimientos, no son fiadores seguros de la inmortalidad; si las obras que los contienen solo giran sobre objetos pequeños, si estan escritas sin gusto, sin genio y sin nobleza, perecerán sin recurso, porque los conocimientos, los hechos y los descubrimientos se elevan facilmente, se trasladan á otra pluma, y aun ganan mucho en que los manejen manos mas diestras. Estas cosas son exteriores al hombre, el estílo es el hombre mismo; consiguientemente el estílo no puede elevarse, ni trasladarse á otro, ni

alterarse: si él es elevado, noble y sublime, el autor será igualmente admirado en todas las edades, porque solamente la verdad es durable y aun eterna. Ahora bien, el estílo no es realmente bello sino por el número infinito de verdades que presenta; todas las bellezas intelectuales que en él se encuentran, todas las relaciones de que se compone, son otras tantas verdades igualmente útiles, y tal vez mas preciosas para el entendimiento humano, que las que pueden constituír el fondo de la materia.

Solo los grandes asuntos son susceptibles del genero sublime. La poesía, la historia y la filosofía tienen un mismo objeto, y objeto el mas elevado, como es el hombre y la naturaleza. La filosofía describe y explica la naturaleza; la poesía la pinta y hermoséa, y pintando asimismo á los hombres, los engrandece, los exâgera, y crea los dioses y los héroes. La historia solo pinta al hombre, y le pinta segun es; y así, el tono del historiador nunca será sublime sino quando retrate los hombres mas grandes, quando refiera las acciones mas sublimes, los mas terribles movimientos y las mayores revo-

luciones: en todo lo demas bastará que sea magestuoso y grave. El tono del filósofo será sublime, siempre que tenga que hablar de las leyes de la naturaleza, de los seres en general, del espacio, de la materia, del movimiento y del tiempo, del alma, de la naturaleza humana, de los sentimientos morales y de las pasiones: en las demas materias, bastará que sea noble y elevado. Pero el tono del Orador ó del Poéta, supuesta una vez la dignidad del asunto, siempre debe ser sublime, porque él es árbitro de añadir á la grandeza del asunto, todo el colorido, todo el movimiento y toda la ilusion que le agradáre; y porque debiendo pintar y abultar siempre sus objetos, tambien debe emplear y desplegar por todas partes toda la fuerza y toda la extension de su genio.

RELACION

DEL VIAGE HECHO Á MONTBARD

EN EL AÑO DE 1785

POR HERAULT DE SECHELLES (*),

CON EL FIN DE CONOCER Y TRATAR

AL CONDE DE BUFFON.

Deseaba yo con ansia conocer y tratar al Conde de Buffon, quien, noticioso de mis deseos, me dirigió á París una carta muy expresiva, en la qual, anti-

(*) Herault de Sechelles era un sabio del primer órden, que pereció en una de las proscripciones Robesperianas, á los treinta y tantos años de su edad.

cipandose á mi impaciencia, me convidaba con su casa para todo aquel tiempo que yo pudiese permanecer en ella. Partí en efecto para Montbard, pero habiendo llegado á Semur, distante de la casa del Conde como unas tres leguas, me informaron que á la sazon se hallaba cruelmente atormentado del mal de piedra, y que en la fuerza de los insultos del mal, rechinaba y pateaba como un desesperado, un hombre que, como él, habia aparentado siempre ser superior al dolor. Me dixeron al mismo tiempo que estaba encerrado en su quarto, y no se dexaba ver ni aun de sus propias gentes, sin exceptuar á su mismo hijo, á quien solo permitia estar á su lado muy cortos instantes. Con estas noticias tomé el partido de detenerme algun tiempo en Semur, sin resolverme por otra parte á enviar á saber del enfermo, temiendo importunarle con la noticia de mi llegada.

Pero habiendo él sabido mi partida por una carta de París, tuvo la atencion, en medio de sus dolores, de enviarme á decir con un expreso, que sin embargo de que el mal no le permitia

tratar con nadie, deseaba verme en su casa, donde me esperaba sin escusa, y que en los intervalos que tuviese libres, hablaríamos largamente; con cuyo mensage me puse al instante en camino para Montbard.

Pero, ¡cómo me palpitaba el corazon de gozo, inmediatamente que avisté la torre de Montbard, y los terrados y jardines que la rodéan! Yo iba caminando y observando con particular deleyte la situacion del pueblo, la colina sobre que se eleva la torre, los montes que la dominan y el cielo que la cubre, y me desojaba por descubrir la casa del hombre célebre, á quien iba á visitar; pero ésta no se descubre hasta que se llega á ella, y quando yo esperaba ver un magnífico palacio de campo, me hallé con una casa de una arquitectura simple y regular, situada en una de las calles de Montbard, que es una villa de corto vecindario.

¡Qué conmocion interior la mia, quando empecé á subir la escalera, y atravesé la primera galería, adornada de toda suerte de páxaros iluminados, segun se ven en la edicion grande de su historia natural! Llegué por fin á la habi-

tacion del Conde, el qual saliendo á recibirme á la pieza inmediata, se vino á mí magestuosamente con los brazos abiertos, y con tan noble y apacible fisonomía, que, á pesar de sus setenta y tres años de edad, ninguno diría que excedia de los sesenta. Lo mas singular es que, acabando de pasar diez y seis noches sin poder pegar los ojos, y en continuos y crueles dolores (que aun no se le habian mitigado enteramente), tenia el semblante tan fresco como el de un mozo, y estaba con tanta serenidad como quando no padecia achaque alguno; asegurandome despues los asistentes, que aquel era el tenor de su carácter toda la vida.

En efecto, siempre se esforzó en mostrarse superior á sus pasiones, y en no mortificar á nadie con su genio ó mal humor, el qual nunca le conocieron en su casa ni fuera de ella. Su busto, esculpido por *Houdon*, es, á mi parecer, el que mas se le semeja; pero el artífice no ha podido trasladar al mármol la magestad de su blanco cabello, ni aquellas grandes cejas que sombréan sus ojos negros. Estaba en bata de color paxi-

zo, con listas blancas y flores azules; y sin embargo de lo que habia padecido y padecía, llevaba en el peynado cinco órdenes de bucles, que es su única manía.

Hízome sentar á su lado, y habiendo recaído la conversacion sobre la felicidad que es el saber cada uno, desde los primeros años, el estado á que se destina, me recitó corrientemente dos páginas enteras que habia compuesto á este asunto en una de sus obras. Su modo de expresarse es muy sencillo y familiar, y el tono de su voz de un hombre natural y sin afectacion; dice las cosas segun le vienen al pensamiento, levanta con cierta pausa ya la una mano, ya la otra al tiempo de hablar, y nunca fixa la vista en ninguna parte, sino que la vuelve continuamente á un lado y á otro, bien sea por la configuracion de sus ojos, ó por cierto hábito que ha contraído. No parece ameno en la conversacion, pero, si bien se exâmina, se advierte que habla bien y con gracia, que expresa algunas cosas con muchísimo primor, y que mezcla de quando en quando reflexiones profundas y del mayor interés. Quando se trata de sus obras, manifiesta cierta especie

de vanidad, pero franca y de buena fe, elogiando su estílo como un modélo en materia de eloqüencia.

Aunque no suele hablar de noticias políticas, me mostró una carta que acababa de recibir de Olanda del Conde de Maillebois sobre los sucesos de aquel país; y estando en esta conversacion le asaltó nuevamente el mal de piedra, y se retiró diciendome, que su hijo me acompañaría á ver la casa y los jardines, como se verificó inmediatamente.

Entramos en los jardines, donde ví con complacencia el monumento que su hijo acababa de erigir á la memoria de su padre, al pie de la torre de Montbard, que es muy elevada, con esta inscripcion:

Excelsæ turri, humilis columna.
Parenti suo, filius Buffon. 1785.

A la alta torre, la humilde coluna.
A su Padre, Buffon el hijo. 1785.

Despues me dixeron que el padre se habia enternecido con aquella generosa accion del hijo, hasta el extremo de verter lágrimas de gozo, y que le habia

dicho : *eso que has hecho por mí, te dará honor, hijo mio* (*).

Pasamos despues á ver las paxareras donde el Conde criaba las aves extrañas que queria estudiar y describir, y de allí al parage en que antigüamente habia hecho la cria de los osos y leones ; y últimamente me enseñó lo que yo deseaba ver tanto tiempo habia, el gabinete donde trabajaba este grande hombre.

Este gabinete, construído en forma de pabellon, se llama la *torre de S. Luis.* Se sube á él por una escalera estrecha, aunque bastante cómoda : se entra por una puerta verde, que se abre en dos mitades, y al entrar queda uno sorprendido de ver la sencillez del laboratorio. Es una especie de bóveda ó media naranja, á manera de las de los templos anti-

(*) ¡O instabilidad de las cosas humanas ! En las gazetas extrangeras leí, hace poco mas de tres años, que el hijo del Conde de Buffon, el qual obtenia un grado superior en las tropas de Francia, acababa de perecer en un cadahalso. ¡Quién le hubiera dicho á su padre en 1785, que un hijo, en quien afianzaba la gloria y sucesion de su nombre y casa, habia de tener un fin tan desastrado, á los ocho ó nueve años despues de su muerte ! ¡Mísera condicion, vuelvo á decir, de la instable naturaleza humana!

guos, sin mas muebles que una silla poltrona arrimada á una mala mesa, sobre la qual no habia á la sazon un solo libro ni papel. El parage es sumamente fresco en el rigor de los calores del estío, por cuyo motivo no le habita en las demas estaciones del año.

Pero hay otro santuario, donde ha compuesto casi todas sus obras, que el Príncipe Henrique de Prusia llamaba la *cuna de la historia natural*, quando pasó á visitar al Conde de Buffon. Es un gabinete, cuyas paredes están enteramente cubiertas de quadros de aves y de algunos quadrúpedos de la historia natural, y todos los muebles que le adornan se reducen á un camapé, algunas sillas viejas de baqueta, una papelera regular y otra mas chica con manuscritos. La mesa en que escribe es de madera de nogal bastante tosco; está inmediata á la chimenea, y encima de ella solamente habia un manuscrito con este rotulo: *tratado del imán*, en cuya obra se ocupaba entonces. Enfrente de la silla de estudiar, que está cubierta de un raso muy viejo con listas blancas, se ve colgado en la pared el retrato de Isac Newton.

Aquí es donde el Conde de Buffon ha pasado la mayor y mas florida parte de su vida, y donde han sido concebidas todas sus obras; aquí ha vivido mas de quarenta años. En Montbard pasaba los ocho meses del año, y los quatro restantes en París para arreglar los asuntos correspondientes al jardin del Rey, que tenia á su cargo; y acabada esta temporada se retiraba á Montbard, donde se entregaba totalmente al estudio de la naturaleza.

Él mismo me dixo en otra ocasion, que aquel era su mayor deleyte y el gusto mas dominante de su alma, acompañado de una pasion sin límites de gloria. En efecto, su exemplo y sus palabras me acabaron de confirmar en que el que aspira con ansia á la gloria, la consigue al fin, ó á lo menos se acerca mucho á ella; pero es necesario querer con intension, y no una sola vez, sino todos los dias y á todos los instantes. Se cuenta de un hombre, que fué gran general, que todas las mañanas se paseaba un quarto de hora en su gabinete, repitiéndose á sí mismo: *quiero ser un gran general.* Y hablando conmigo el Conde

acerca de este mismo asunto, me dixo una de aquellas expresiones, capaces de producir todo un hombre: *el ingenio no es mas que un hábito ó disposicion mayor á la paciencia.* Efectivamente, basta haber recibido de la naturaleza esta disposicion ó qualidad, para alcanzar grandes cosas, pues observando mucho tiempo los objetos, se consigue entenderlos y penetrarlos á fondo; lo que casi viene á ser lo mismo que lo que decia Newton, quando preguntándole algunos cómo habia hecho tantos descubrimientos, respondia: *indagando siempre.*

El órden de vida que observa en Montbard el Conde de Buffon, es el siguiente: se levanta en este tiempo á las cinco de la mañana, se viste, se peyna, escribe algunas cartas y arregla sus negocios particulares; á las seis se pasa al gabinete ó pabellón, que está á la extremidad de los jardines y distante de su casa mas de un quarto de legua, donde, ó se pone á escribir, ó se pasea meditando sobre el asunto que trae entre manos, y no toma la pluma hasta que le ha comprendido y desentrañado perfectamente.

Trabaja hasta la una, á cuya hora

se pone á comer; y en la mesa gusta de estar mucho tiempo y usar francamente de todo su genio y buen humor, que ciertamente es muy jovial y divertido. Despues de comer duerme como cosa de media hora, cuya costumbre no interrumpe jamás, aun quando tenga huéspedes extrangeros de los que van á visitarle expresamente. Por la tarde siempre da su paséo solo, y es un expectáculo bien agradable ver al autor de la historia natural caminar magestuosamente con la cabeza muy erguida, el sombrero por encima de la frente, los ojos levantados como desdeñándose de mirar á la tierra, abismado en sus propias ideas, y semejante al hombre que pinta en su historia del hombre (*) (sin duda tomándose á sí mismo por modélo), con una caña en la mano derecha, y apoyada la otra con magestad en la cadera izquierda.

A las cinco se retira á su quarto, y

(*) Como esta descripcion ó pintura del hombre en los primeros instantes de su vida, es una prueba de la fecundidad de imaginacion del Conde, y un modelo de energía en materia de digresiones episódicas, la hallará el lector en nuestras notas últimas (núm. 2.)

estudia hasta las siete, á cuya hora se presenta en el salón, manda que le lean lo que ha escrito, lo explica á los concurrentes, se admira á sí mismo,y se ocupa con cierta complacencia en la correccion de los papeles sobre que otros le consultan.

Como me detuve en su casa algun tiempo y él se mejoró de su mal, se presentaron muchas ocasiones de oirle discurrir sobre varias materias. A veces enviaba á buscar un tomo de su historia y me hacía leer los hermosos retazos de eloqüencia que hay en ella, por exemplo, la pintura del desierto de la arábia en el artículo del camello, ó el discurso sobre el primer hombre, donde describe la historia de sus sentidos; otras explicaba su sistéma sobre la formacion del mundo, la generacion de los seres &c.; y en varias ocasiones solia recitarme páginas enteras de sus obras, porque sabe de memoria todo lo que escribe: lo que es una prueba de la extension de su memoria, ó mas bien del particular cuidado con que trabaja.

Oye con serenidad las objeciones que se le hacen, las pesa con madurez, y se rinde á su fuerza quando son sólidas. Pone su primer cuidado, en punto al estílo,

en la conveniencia y exâctitud de las ideas; se esmera en nombrar las cosas con los términos mas generales, segun él mismo lo recomienda en su precioso discurso de recepcion en la académia francesa, y despues procura observar las leyes de la harmonía, que aunque solo merecen la última atencion del estílo, sería no obstante un defecto muy esencial no hacer ningun caso de ellas.

De nada gusta hablar mas que de la historia natural y del estílo; y aun dudo si da la preferencia á éste en competencia de aquella. "El estílo, me decia »un dia, es el hombre mismo. Los Poé»tas no le tienen, porque la medida del »verso los oprime y esclaviza; y así »quando me alaban á un hombre, siem»pre digo: *veamos sus escritos.*"

Habiendole suplicado una vez me insinuáse las principales ideas acerca del estílo, se explicó en estos términos: "A »dos cosas se puede reducir el estílo, á la »*invencion* y la *expresion.* La invencion »depende de la paciencia: es necesario »mirar y remirar largo tiempo un obje»to, y entonces se desarrolla y explica »poco á poco; quando se siente una es-

»pecie de golpe eléctrico que acalora é »inflama la cabeza, ese es el momento del »genio; entonces es quando se experimen- »ta el deleyte de trabajar: deleyte de tal »naturaleza, que innumerables veces me »ha hecho estar estudiando doce ó cator- »ce horas consecutivas sin sentirlo. ¿Quie- »re V. aumentar este deleyte, y ser al »mismo tiempo original? Pues quando V. »tenga que tratar algun asunto, no abra »ningun libro, use de sus propias ideas, »y no consulte los autores, sino quando »conozca que nada puede producir por »sí solo; esto es lo que yo he hecho siem- »pre, y solamente así se tiene un ver- »dadero gusto, quando se leen despues los »autores: entonces se halla uno igual ó »superior á ellos, los juzga, los adivi- »na, y los lee mas apriesa.

»Por lo que toca á la expresion di- »go, que siempre es necesario juntar la »imagen á la idea, y aún que la imagen »preceda á la idea, para preparar el alma »á que la reciba. No siempre se ha de »usar de palabras propias, porque regu- »larmente son triviales, sino de aquellas »que se aproximen mas á la significacion »de la cosa; y, generalmente hablando,

»son necesarias las comparaciones para »expresar bien las ideas. Quando V. se »ponga á escribir, prestese docilmente »al primer movimiento, que por lo comun »es el mejor, y dexe despues reposar al- »gunos dias, y aun algunos meses, lo »que haya escrito, pues la naturaleza no »produce las cosas de repente, sino que »obra poco á poco, y despues de cier- »ta pausa, con fuerzas nuevas. Lo único »que se debe hacer es ocuparse sin in- »terrupcion en un objeto, seguirle paso »á paso, y no distraerse á otras mate- »rias; quando yo componia una obra, no »pensaba mas que en ella."

Le pregunté despues qual sería el mejor método para formarse el hombre en los conocimientos científicos, y me respondió: "No deben leerse sino las obras »magistrales, pero las magistrales en to- »das las artes y ciencias; porque éstas »tienen un parentesco muy inmediato, »y, como dice Cicerón, los principios »de las unas son aplicables á las demas, »aunque no esté destinado el hombre á »exercerlas todas. Esto que digo de la »universalidad de los conocimientos, á na- »die debe intimidar, porque son muy ra-

»ros los libros clásicos que hay en cada »ramo, y quizá se podrian reducir á cin»cuenta, que bastaría meditar bien."

Se tocó otra vez el punto, tan ventilado entre los sabios, sobre la utilidad ó perjuicio de las ciencias, y el Conde, inflamado del noble entusiasmo del saber, se expresó del modo siguiente: "Las »ciencias han sido tan benéficas para el »hombre en todas las épocas del mundo »en que han reynado, que sería preciso »no haber saludado la historia para de»xar de reconocer la evidencia de esta »verdad. Pero sin detenernos ahora en »la demostracion de un hecho histórico, »que V. reconoce como yo, pasemos al »exâmen de sus utilidades prácticas.

»La primera utilidad de las ciencias »es la satisfaccion interior que experimen»ta el hombre, viendo aumentarse la ex»celencia de su ser, y que una criatura in»teligente, se hace mas inteligente con el »auxîlio de ellas. La segunda consiste en »satisfacer la curiosidad natural que tie»nen todos los hombres de saber las opi»niones, los descubrimientos, costum»bres &c. de los que les han precedido. »La tercera es nuestra propia felicidad;

»el amor al estudio casi es en el hom-
»bre la única pasion permanente: todas
»las demas le abandonan á medida de que
»esta miserable máquina se acerca á su
»destruccion. La ardiente y fogosa edad
»de la juventud, que vuela de placer en
»placer y de gusto en gusto, puede pro-
»porcionarselos puros algunas veces, por-
»que antes de darle lugar de que sienta
»las espinas de unos, le arrebata á gozar
»de otros; pero en la edad que la sigue,
»los sentidos pueden ofrecernos satisfac-
»ciones, mas nunca placeres. Entonces es
»quando conocemos que nuestra alma es
»la parte principal de nosotros mismos; y
»como si se hubiese roto la cadena que la
»une á los sentidos, solo exîsten en ella
»los placeres que no dependen del cuerpo.

»Si en ese tiempo no damos á nues-
»tra alma ocupaciones que la convengan,
»esta alma hecha para ocuparse, y que no
»lo está, cae en un abatimiento espantoso,
»que nos conduce á la destruccion; y si,
»rebelandonos contra la naturaleza, nos
»obstinamos en buscar placeres que no es-
»tan hechos para nosotros, parece que se
»nos huyen á proporcion que nos acerca-
»mos á ellos. Los jóvenes inflamados con

»el hervor de la sangre, parece que in-
»sultan á la vejéz; y en las concurren-
»cias tumultuosas de la sociedad, toda
»la alegría es para ellos, y para noso-
»tros la tristeza. El estudio nos preser-
»va de estos inconvenientes, y los pla-
»ceres que nos proporciona, no nos dan
»lugar á advertir que vamos envejecien-
»do.

»Por consiguiente, es menester for-
»marnos desde luego una felicidad que
»nos acompañe en todas las edades. La
»vida es tan corta, que no debe contarse
»por nada la felicidad que no dura tanto
»como nosotros. La vejez ociosa es inso-
»portable, no tanto por sí misma, quan-
»to por falta de ocupacion; si nos limi-
»ta y reduce á vivir en cierto mundo,
»nos acredita en otro: el viejo no es el in-
»soportable, sino el hombre. El hombre
»es el que se constituye en la necesidad
»de perecer de tédio, ó de andar de
»corro en corro y de casa en casa, en
»busca de los placeres por que suspira.

»La quarta utilidad que resulta de
»nuestra aplicacion al estudio, es el bien
»de la sociedad en que vivimos, pudien-
»do contribuír por nuestra parte á que,

»á tanto número de bienes y comodida-
»des como en el dia disfrutamos, se agre-
»guen otras infinitas de que carecemos. El
»comercio, la navegacion, la astrono-
»mía, la medicina, la física y la geo-
»grafía, han tenido mil mejoras y pro-
»ducido grandes beneficios, por los afa-
»nes y sudores de los que nos han pre-
»cedido. ¿Y no es un objeto digno de un
»corazon humano trabajar por dexar á
»todos los hombres mas felices, despues
»de nuestra vida, de lo que nosotros
»hemos sido?

»Pero, aun prescindiendo de estas y
»otras consideraciones, las ciencias y los
»libros que solo sirven para recreo del
»ánimo, no son inútiles, antes bien con-
»tribuyen al entretenimiento y distraccion
»de los hombres de bien, y aun de las
»gentes del mundo, y son quasi siempre
»un suplemento inocente del juego, de
»la corrupcion y desórden, de la mur-
»muracion, y de los proyectos ambi-
»ciosos."

Así habló nuestro gran hombre con tanta verdad y fundamento en materia de tanta importancia; y contrayendose despues á sí mismo me dixo: "que él siempre

habia buscado á los sabios creyendo ganar con su trato, pero que habia experimentado que para una frase, algunas veces útil, que habia recogido, no merecía la pena de perderse una tarde entera en leer, como á él le habia sucedido; que el estudio era ya para su alma una verdadera necesidad, y que esperaba entregarse á él como hasta entonces, los tres ó quatro años que le restaban de vida; que la idea de un nombre inmortal le sostenia y consolaba, y por otra parte aguardaba la muerte sin temerla ni desearla; finalmente, que si hubiera sido capáz de aspirar á algun galardón por sus tareas literarias, le hubiera encontrado digno y superabundante en la estimacion de la Europa, y en las cartas lisongeras que habia recibido de las principales testas coronadas."

Diciendo esto, abrió una papelera y sacó una carta muy atenta y lisongera del Príncipe Henrique de Prusia, que me leyó. Aquel Príncipe habia ido de intento á Montbard, donde trató con tal respeto y veneracion al Conde de Buffon, que por no interrumpirle la siesta, que tenia costumbre de dormir, se arreglaba á sus horas y no salia de casa sino en su com-

pañía. El mismo Príncipe le regaló una baxilla de porcelana, cuyo dibujo habia hecho su Alteza, en que se ven representados los cisnes en todas sus posturas y aptitudes, en memoria de la historia del cisne que el Conde le habia leído al pasar por Montbard; y en la carta le decia estas palabras dignas de notarse: "Si yo necesitáse un amigo, no elegiría otro »que vos; si un padre, tampoco otro; si »una inteligencia superior que me ilumi»náse, ¿á quién me dirigiría sino á vos?"

Despues me manifestó varias cartas muy discretas, escritas de propio puño por la Emperatriz de Rusia, en las que aquella gran muger le elogia del modo mas lisongero, y se advierte por ellas que habia leído y comprendido á fondo sus obras. "Newton, *le dice en una*, dió el primer »paso, y vos habeis dado el segundo; pe»ro todavía no habeis desocupado del »todo vuestras alforxas, respeto á la his»toria del hombre." Aludiendo en esto al sistéma de la generacion. Y el Conde de Buffon se aplaudia mucho mas de que le hubiese entendido una muger, que una académia. Me leyó igualmente varias qüestiones muy delicadas y espinosas, pro-

puestas por la misma Emperatriz sobre las épocas de la naturaleza, y aun me confió las respuestas.

En esta sublime correspondencia del poder y del ingenio, y en que el ingenio exercia el verdadero poder, mi alma se enternecia y elevaba sensiblemente: la gloria se personificaba á mis ojos, y me parecia que la palpaba como si tuviera cuerpo; y esta admiracion de los Príncipes, precisados á humillarse de aquel modo delante de una grandeza verdadera, era para mi corazon un homenage muy superior á todos los honores, que ellos pueden dispensar en su imperio.

Salí de allí á algunos dias de Montbard, llevando estampada en mi alma la imágen del sabio y honrado Conde de Buffon, y profundamente gravado en mi memoria todo quanto habia visto y oído; y al dexar aquella felíz mansion de las Musas, me repetia á mí mismo aquellos dos primorosos versos del Œdipo francés:

La amistad de un grande hombre, es un don de los dioses:
Yo leía mi deber, y mi suerte en sus ojos.

ELÓGIO

DEL

CONDE DE BUFFON,

COMPUESTO EN FRANCÉS

POR

SU DISCIPULO Y CONTINUADOR

EL CONDE DE LA CEPÉDE:

TRADUCIDO DE AQUEL IDIÓMA.

¿ *Quis talia fando temperet á lacrymis?*

Virgil. Æneid. lib. II.

ADVERTENCIA.

El autor del elógio siguiente, inflamado por una parte del deseo de propagar el gusto de la historia natural, y penetrado por otra del sentimiento de haber perdido á su antiguo amigo y maestro, se vale de todas las imágenes y pinturas que la poesía y oratoria suministran y ofrecen en abundancia al idióma de la amistad y del amor. De consiguiente su estílo es tan sublime como lo es la naturaleza de estos dos sentimientos morales, y tan poético, tan harmonioso y lleno, como el de su maestro el Conde de Buffon, quando pinta los grandes hechos de la naturaleza, observados y confrontados por él de una manera original hasta su tiempo. En pocas palabras, es de lo mas enérgico y elevado que yo he leído en el género lúgubre, y siento no poder trasladar á nuestro idióma toda la fuerza y fuego de un original que parece ha agotado las fuentes de la eloqüencia francesa, y aún que ha enriquecido su caudal con otras no conocidas hasta ahora en ella.

¡Qué abundancia de ideas todas sublimes! ¡qué profusion de imágenes y de hipérboles usadas tan á tiempo! ¡qué pinturas tan frescas y tan risueñas de la naturaleza! ¡qué rapidéz, sobre todo, de pincél! Siento, vuelvo á decir, que mi pluma no sea igual á la del Conde de la Cepéde para hacer una version de su elógio digna del original.

Pero como ninguno está obligado á mas de lo que puede, me basta la satisfaccion de haber hecho todo lo posible de mi parte para promover en mi nacion, por este medio, el buen gusto en la literatura, excitando al amor del importante estudio de la naturaleza. Fuera de que, ni el Señor de la Cepéde, ni ningun otro literato extrangero, ignoran la riqueza y magestad del habla castellana para semejantes materias, ni que ha habido en todos tiempos y hay al presente en España talentos capaces de traducir las produciones literarias de otros reynos, sin rebaja, quando no sea con aumento, de su verdadero é intrínseco mérito; en cuyo supuesto la inferioridad de mi version, respecto del original, en lugar de recaer sobre la lengua en general, ni sobre los sabios de la nacion que la saben manejar con destreza, recaerá solamente, así en el concepto de aquellos como de estos, sobre la ignorancia é ineptitud de un solo indivíduo de ella, como debe recaer en el caso presente.

No parece necesario prevenir, sino para un cortísimo número de gentes, que ciertas frases exâgeradas, y encomios hiperbólicos aplicados por el autor á su maestro, se han de mirar como expresiones dictadas por el amor, y respecto de un discípulo penetrado de admiracion y entusiasmo siempre que habla de las cosas de su maestro, y nunca báxo de otro aspecto.

ELÓGIO
DEL
CONDE DE BUFFON.

Estaba yo disponiendo este nuevo volumen, destinado á completar la *historia natural*, publicada con tan felíz éxîto por el hombre grande, que era uno de los mas hermosos ornamentos de la Francia, quando terminó gloriosamente su carrera. Todos los países, iluminados por la luz de las ciencias, donde habian resonado, durante su vida, los aplausos tributados á sus triunfos, han repetido con tono mas elevado, despues de su muerte, los acentos de la admiracion, mezclados con los del dolor; y la posteridad ha empezado,

para decirlo así, á coronar su estátua. En medio de todos los homenages tributados á su memoria, ¡que no pueda yo hacer resonar una voz eloqüente, que repita sus alabanzas en el santuario mismo consagrado por su genio á la ciencia que tanto amaba! (*)

Quando Platón dexó su despojo mortal para elevarse á la inmortalidad, se congregaron sus discípulos llorosos sobre el celebrado promontorio de Sunio (1), inmediato á la

(*) Este elógio fué leído en el gabinete de historia natural de París, y se halla impreso al principio del tomo segundo de la *historia natural de las serpientes*, que el continuador de Buffon, Conde de la Cepéde, publicó en 1789, de donde le hemos tomado para traducirle.

(1) Promontorio de Sunio, descripto en el viage del jóven Anacharsis. La descripcion de este promontorio que el Señor de la Cepéde cita aquí, se halla en el tomo VI, pág. 92 de dicha obra. El Abate Barthe-

le-

famosa Athenas, donde habian oído tantas veces aquella su voz respetuosa y encantadora, y renovaron sus tiernas quexas sobre aquel mismo peñasco antiguo, contra el qual iban á estrellarse las olas del mar agitado, y donde sentado su maestro, como el padre de los dioses so-

lemy explica en el citado lugar toda la doctrina de Platón con la erudicion, amenidad y discernimiento que han merecido á su *viage de Anacharsis* el título de original y profundo; y hablando del promontorio ó cabo de Sunio, dice así: " Platón, á quien nada »habiamos dicho de nuestro viage á las mi»nas, quiso acompañarnos al cabo de Su»nio, distante de Athenas cerca de 330 sta»dios. Allí se vé un magnífico templo con»sagrado á Minerva, todo él de mármol »blanco y de órden dórico, con un perís»tilo al rededor, en el qual se cuentan, co»mo en el de Theséo á que se semeja en lo »general de la distribucion, seis colunas »de fachada, y trece en la circunferen»cia. De la cima del promontorio se descu»bre, al pie del monte, el puerto y villa de »Sunio, que es una de las mas fuertes ciu»dadelas del Ático.

bre la cima del Monte-Olympo, les habia revelado con tanta freqüencia los arcános de la ciencia y de la virtud. Ellos consagraron aquel monte á la memoria de su padre amado, é hicieron de él, por decirlo así, un lugar santo; y para distraer su dolor, disminuir su pérdida, y gravar mas profundamente en la memoria las sublimes verdades que les habia enseñado, entonaron un hymno fúnebre, y pintaron en sus cantos lúgubres el genio del maestro, y la afliccion de su alma.

¡Que no podamos nosotros, todos los que consagrados al estúdio de la historia natural hemos recibido las lecciones y oído la voz de este Platón moderno, cantar en su honor un hymno fúnebre! Congregados de los diversos puntos del globo, donde cada uno de nosotros ha conservado aquel amor de la naturaleza que él

sabía inspirar tan vivamente á sus discípulos, ¡que no podamos penetrar todos juntos, hasta el centro de los mas antiguos monumentos, elevados por la poderosa naturaleza, y dirigir nuestros pasos hácia esos ceñudos montes, cuyas cimas cubiertas de nieve y yelo eterno, dominan á las nuves, y parece que juntan al cielo con la tierra! Sobre esas masas enormes, sobre esas alcándaras inmensas de granito, que los siglos han atacado vanamente, y que parece haber resistido solas á los combates de los elementos y á todas las revoluciones acaecidas en el globo de la tierra: sobre esas tablas respetadas por el tiempo, es á donde deberiamos ir á gravar el nombre de Buffon; á esos antiguos testigos de los primitivos trastornos de nuestro planeta, es á quien iriamos á confiar la memoria de nuestro dolor y de la admira-

cion nuestra: qualquiera otro monumento sería, para tan larga fama, demasiado perecedero.

Elevémonos á lo menos con el pensamiento sobre esas rocas escarpadas, asomémonos á la orilla de los profundos abismos que las rodean, y lleguemos hasta la cima de esos montes encaramados sobre otros montes.

La noche reyna todavía; ninguna nube nos oculta el firmamento; la atmósfera mas pura permite que llégue hasta nuestros ojos el resplandor de las estrellas; nosotros vemos á los astros fixos brillar con una luz propia, y á los errantes enviarnos un esplendor grato y prestado. Estáticos de asombro, y abismados en profunda meditacion, nos parece ver *al genio de la naturaleza en la contemplacion del universo* (1): todo nos trae á

(1) Véase la lámina que sirve de frontispicio á la *teoría de la tierra* de Buffon.

la memoria aquellas imágenes vivas, usadas por Buffon con tanta magnificencia y profusion, aquel quadro movible de los cielos, que con su noble audacia y valentía, ha trazado con singular grandeza y elevacion (1); y puestos de pie sobre los sitios mas altos del globo, entonemos un hymno en su honor.

"Nosotros te saludamos, ¡ó Buf-»fon! pintor sublime de este espectá-»culo augusto; tú, cuyo genio, no »contento con recorrer la inmensidad »de los cielos, é indagar los límí-»tes del espacio, ha querido remon-»tarse hasta los del tiempo (2).

(1) Introducion á la *historia de los minerales* de Buffon.

(2) Artículo de la *formacion de los planetas*, *primera y segunda consideracion de la naturaleza.* El extracto de estas consideraciones verdaderamente sublimes y que prueban la sabiduría y religion de su autor, se hallará en el apéndice del traductor.

»Tú has preguntado á la mate-
»ria, por qué penetrante fuerza esos
»astros inmóviles, esos quicios infla-
»mados del universo, arden con un
»fuego que, sin consumirlos, los llena
»de resplandor.

»Tú has preguntado á los siglos,
»por qué poderoso motór, esos otros
»astros errantes que brillan con age-
»no resplandor y giran, como es-
»clavos sumisos, al rededor de los
»soles que los dominan, fueron co-
»locados en la via celeste que se les
»ha señalado, y recibieron el mo-
»vimiento de que parece estan ani-
»mados.

»Nosotros te saludamos, ¡ó can-
»tor inmortal de los cielos! y desea-
»mos que el firmamento sembrado de
»estrellas, todas las lumbreras espar-
»cidas en el espacio, y todo este mag-
»nífico séquito ó cortejo de la noche,
»recuerden tu gloria perpetuamente."

Pero ya la primera luz del dia dora el oriente ; el astro de la luz mostrandose en toda su magestad y magnificencia , coloréa los picos aislados que se avalanzan en los ayres, y centelléa , para decirlo así , contra las inmensas nieves que cubren los montes. Un vapor espeso ocupa todavía las profundidades de los valles , y oculta las colinas á nuestros ojos ; parece que un vasto mar ha invadido el globo , y solo algunas puntas, cubiertas de refulgente yelo , sobresalen en este mar inmenso , cuyas ligeras olas, agitadas por el viento , se suceden unas á otras en enormes rollos , se elevan en vórtices ó remolinos , y amenazan sumergir las mas altas peñas. Nos parece estar viendo con Buffon , la tierra cubierta aún por las aguas del océano, recibiendo , en medio de las olas , su figura , sus desigualdades , sus mon-

tes y sus valles; y nuestro hymno continúa:

"Nosotros te saludamos, ¡ó Buf»fon! tú, cuyo genio, despues de ha»ber recorrido la inmensidad del tiem»po y del espacio, ha detenido su »vuelo sobre nuestro globo y sus eda»des (1).

»Tú has visto salir la tierra del »seno de las aguas; elevarse las mon»tañas secundarias por los esfuerzos »reunidos de las corrientes del vas»to océano; excavarse los valles por »sus ondas rápidas; sacar los vege»tales sus verdes cimas en las pri»meras alturas abandonadas por las »aguas; entregar los espesos bosques »sus despojos á las olas agitadas; re»cibir los abismos del océano es»tos depósitos preciosos, como otros

(1) Teoría de la tierra, tomo I, pág. 60, de la traducion castellana.

»tantos manantiales de calor y de »fuego para los siglos venideros, y »las llanuras del mar pobladas de »animales, cuyos despojos forman »nuevas playas, ó elevan las anti»guas.

»Tú has visto salir con violencia »el fuego de las entrañas de la tierra, »y á las orillas de las aguas que se »retiraban, elevar con su actividad »nuevas montañas, conmover las an»tiguas y cubrir las llanuras de tor»rentes inflamados; los truenos re»sonantes, los veloces rayos, las tem»pestades de los ayres, mezclar su »furiosa actividad á la de las convul»siones intestinas de la tierra y las »borrascas del mar.

»Nosotros te saludamos; tú, cu»yos cantos han celebrado tan grandes »objetos, y deseamos que el fuego »de los volcanes, las olas agitadas »del mar y los truenos de los ayres,

»recuerden tu gloria perpetuamente.»

Pero el espeso vapór se disipa, y nos permite ver llanuras inmensas, otéros fértiles, campos floridos, sitios apacibles y retirados. ¡O naturaleza, cómo te muestras en toda tu belleza! Los habitantes de los ayres revoletéan en los bosques, y saludan con sus cánticos al astro benéfico, origen del calor; el águila altanera remonta su vuelo sobre las cumbres mas empinadas (1); el belicoso caballo erizando su móvil clin, corre precipitado á las verdes praderas; los diversos animales que hermoséan el globo, aparecen en

(1) Véanse particularmente en la historia de las aves y quadrúpedos de Buffon, los artículos *del caballo*, *del tigre*, *del leon*, *del camello*, *del elefante*, *del castor*, *de los monos*, *del águila*, *de los papagayos*, *del páxaro mosca*, *del kamichi &c.* La mayor parte de estos artículos se hallan ya traducidos por el Señor Clavijo.

cierto modo delante de nuestros ojos. Poseídos de un entusiasmo noble, y arrebatados por la especie de delirio que se apodera de nuestros sentidos, nos parece separarnos, digámoslo así, de la tierra, y ver al globo, girando sobre sus exes debaxo de nuestras plantas, presentarnos sucesivamente toda su superficie. El tigre feróz, el leon terrible que reyna con imperio en los abrasados desiertos del Africa, el camello que sufre la sed en medio de los ardientes arenales de la Arabia, el elefante de las Indias Orientales, que asombra á la inteligencia humana con la extension de su instinto, el castór del Canadá, que muestra con su industria lo que pueden el número y la concordia, los monos de entrambos mundos, imitadores petulantes de los movimientos del hombre, los papagayos de varios y ricos colores de las regio-

nes contiguas al equador, el brillante páxaro mosca, el dorado colibri del nuevo continente, y el kamichi de las costas medio sumergidas de la Guyana, todos nos pasan por delante de la vista, sin que nada sea capáz de ocultarnos ninguno de aquellos objetos que Buffon ha revestido con sus colores brillantes; y en medio de los asuntos de sus magníficos quadros, vemos en todos los puntos de la tierra habitable, la obra maestra de la fuerza productriz, el hombre, imágen de Dios, que con la razon ha conquistado el cetro de la naturaleza, sujetado los elementos, fertilizado la tierra, engalanado su asilo, y creado la felicidad por el amor y la virtud. Desde el polo en que brilla la Osa, desde los confines del vasto imperio de la soberana del Neva (1),

(1) La Emperatriz de Rusia le envió pre-

y de esa provincia fecunda en héroes, donde Reinsberg (1) vé las artes cultivadas por manos victoriosas, hasta las ardientes playas del imperio Mexicano y las cimas del Potosí, ¿qué parte del globo no ha ofrecido tributos al genio de Buffon?

Vemos en medio de la moderna Athenas estos lugares famosos consagrados á la ciencia ó á las sublimes artes de la eloqüencia y poesía, estos templos de la fama que hablarán peremnemente de la gloria de Buffon, donde ha dexado amigos y compañeros de sus estudios, particularmente uno, que habiendo nacido

preciosidades del Norte, y otros soberanos le dirigieron infinidad de producciones raras, tanto de la América septentrional, como de la meridional.

(1) Palacio del Príncipe Henrique de Prusia en el Brandeburgo. ¡Con qué complacencia no hablaba el Conde de Buffon de la amistad que le merecia este Príncipe!

báxo del mismo cielo y vivido en la amistad mas estrecha desde los mas tiernos años, ha dividido con él su gloria y sus coronas (*). Nos imaginamos oir sus voces; y resonando en nuestros corazones este concierto y harmonía de alabanzas del genio y de la amistad, exclamamos de nuevo:

"Nosotros te saludamos, ¡ó Buf»fon! tú, que has cantado, al son de »tu harmoniosa lira, las obras de la »creacion; tú, que con hábil mano »has gravado en monumento mas du»radero que el bronce, los caracté-

(*) Aquí sin duda quiere hablar el autor del célebre D' Aubenton, amigo íntimo y compañero inseparable del Conde de Buffon. Este sabio naturalista vivia hace dos ó tres años, y se ocupaba, como siempre, en los mismos trabajos é investigaciones sobre las ciencias naturales. Es el que suministró la mayor parte de los artículos de historia natural á la Enciclopedia metódica, además de otras obras que ha publicado á parte. Ignóro si vive todavía.

»res augustos del rey de la natura-
»leza; que le has seguido con ojos
»atentos en todos los climas, desde el
»instante en que nace hasta el en que
»desaparece de la faz de la tierra: al
»imperio de tu voz ha reunido la na-
»turaleza sus diferentes produciones;
»los animales de todas especies se han
»congregado delante de tí, y les has
»señalado su figura, su fisonomía, sus
»hábitos, su carácter, su clima y
»nombre. Repítanse, pues, por to-
»das partes los cánticos de tu ala-
»banza; hable de tí todo el univer-
»so, ya que tú, Poéta sublime de la
»naturaleza, has celebrado todos los
»seres y todas las edades."

APÉNDICE

Á LA VIDA DEL CONDE DE BUFFON.

Como mi principal objeto en la presente traducion de la vida del Conde de Buffon, es promover entre nosotros el importante estudio de la naturaleza, excitando á todos á la lectura de las obras de este célebre naturalista de nuestro siglo, he creído conveniente entresacar y recoger de varias partes, todo aquello que me ha parecido mas propio para la consecucion de mi fin, añadiendo este apéndice con dos miras: la primera de excitar, como queda dicho, á la lectura de sus obras y dar una idea sublime de la sabiduría, talento, fecundidad y extension de luces del autor; y la segunda de justificar con sus mismos escritos la pureza de su creencia y la rectitud de su modo de pensar en materias de religion, contra todo lo que la malignidad y la ignorancia, enemigas declaradas de los hombres de talento, y que solo por este vil medio logran hacerles tiro, hayan podido ó

puedan inventar para vulnerar la fama del Conde de Buffon, y retraer al público de la lectura de sus obras.

Es verdad que el Conde se dexó llevar, como naturalista, de la fuerza de su imaginacion y que estampó, como tal, proposiciones falsas ó equívocas; pero tambien lo es que, á la menor insinuacion de la Sorbona, ó las explicó en sentido católico, ó se retractó públicamente de lo que habia escrito, haciendo dudar al mundo con esta su docilidad y respeto á la autoridad de la Iglesia, si era mas grande por su sabiduría, que por la sumision con que sujetó sus luces á otras de un órden superior: pareciendose en esta accion, propia de las almas grandes, al sabio y moderado Arzobispo de Cambray, el inmortal Fenelón, quando retractó en el púlpito de su misma Catedral el libro *Máxímas de los santos*, escrito por él, publicado con el nombre de su amiga Madama *Guyon*, y condenado despues por la autoridad eclesiástica. Y aunque, ni siquiera este pretexto puede valer entre nosotros por las precauciones y acertadas disposiciones del traductor de su historia natural, quiero alexar, si

es posible mas, de la imaginacion de los lectores toda sospecha en una materia en que la menor ilusion causaría gravísimos perjuicios al estudio de las ciencias naturales en nuestra nacion, y hacer entender que la filosofía se concilia admirablemente con la religion.

En este supuesto empezaré con los testimonios de sus mismos compatriotas, que deponen de la verdad de su religion, y extractaré despues algunos pasages de sus escritos, por donde se muestra la vasta extension de sus conocimientos naturales, y aquel espíritu de un verdadero filósofo cristiano con que reconoce la mano omnipotente é invisible del criador en todas las obras del universo, desde el astro de la primera magnitud hasta el grano mas imperceptible de arena, desde el cedro hasta el hisopo, y desde el elefante hasta el arador. He aquí cómo se explica el anónimo de la obra francesa que tiene por título: *Génie de Mr. de Buffon* (ó espíritu del Conde de Buffon) en el discurso preliminar.

"Sin embargo de que la historia natural »es el origen de las demas ciencias físi»cas, se ha cultivado muy poco su estudio

»hasta nuestros dias. El expectáculo del »universo llenaba de asombro á los hom»bres, sin llamar su curiosidad ; y con»tentos con admirar la forma y magnifi»cencia exterior de la materia, no cuida»ban de penetrar el interior de los obje»tos. A los que comprendieron desde lue»go que el estudio de la naturaleza era el »único digno de ocupar y satisfacer á una »alma racional, tal vez los arredró de »él la incertidumbre y aridéz que rey»naban en los escritos de los maestros que »le habian cultivado. Aristóteles, menos »deseoso de arrancar á la naturaleza sus »secretos, que de adaptarla á sus ideas, »la vió, no como ella es, sino como él »queria verla : dió nombres por causas, »y creyó resolver los problemas mas difi»ciles inventando una palabra. Para abrir»se nuevas sendas, abandonó las de los fi»lósofos sus predecesores, los quales ha»bian imaginado que las mudanzas y al»teraciones que suceden en la naturale»za, no eran mas que una nueva dis»posicion ó colocacion de las partículas »de la materia ; y él mismo enseñó, »que de la corrupcion de una cosa, se »engendraba otra. Sus discípulos no hi-

»cieron mas que añadir nuevos errores á »los suyos, y no hubo absurdo que no »tuviera sus partidarios y defensores. »Todas las escuelas eran peripatéticas, »quando apareció Cartesio, y vengó los »derechos de la razon, de la tiranía de »las preocupaciones. Entonces fué quan- »do la física salió del seno de las tinie- »blas de que la habia como cercado el »maestro de Alexandro. Pero al reynado »del peripatetismo, sucedió el del espí- »ritu hipotético; de un exceso se cayó »en otro, y el error hizo lugar al error. »Cartesio, tomando los ardores de una »imaginacion exâltada por la antorcha »apacible de la verdad, descuidó la ob- »servacion de los efectos reales, y se »entregó á la especulacion de las causas »probables: ignoró el mecanismo de la »naturaleza, porque no estudió el enca- »denamiento y las leyes de sus diversos »fenómenos; pero á pesar de esto y de sus »sistemas, no dexó de hacer grandes ser- »vicios á la física, y de facilitar el des- »cubrimiento de la verdad. Por último »apareció Newton, y tomó nuevo aspecto »todo el edificio filosófico: abrió nuevas »sendas y mas seguras, é inventando un

»sistéma simple y análogo á la natura-
»leza, substituyó la demostracion á las
»conjeturas: nos enseñó á consultar la
»experiencia, mas bien que á decidir, y
»á valuar y calcular los efectos, sin li-
»songearnos de haber penetrado sus cau-
»sas.

»Quando el velo que la naturaleza
»oponia á nuestros ojos para ocultarnos
»sus misterios estaba casi del todo des-
»corrido, entonces era el momento crí-
»tico de pintarla y de bosquexar el
»gran quadro de sus operaciones. En es-
»tas circunstancias, pues, fué quando
»la misma naturaleza tomó el empeño
»de formar aquel que habia de tener la
»gloria de revelarnos sus secretos, do-
»tandole á este fin de un ingenio vasto
»y penetrante, capáz de abrazar los ob-
»jetos mas distantes, de medir los mas
»extensos, de comprender los mas ele-
»vados, de descubrir las relaciones, de
»percibir las menores diferencias, y de
»abarcar el conjunto de las cosas mas
»complicadas. El Señor de Buffon, el
»rival de Lucrecio y de Platón, es tan-
»to mas superior á Aristóteles y á Pli-
»nio, quanto lo es la sana filosofía de

»estos tiempos, respecto de los errores »de la física antigua. En todos sus escri- »tos es siempre igual á su asunto, cuyo »elógio es el mayor que se puede hacer »del historiador de las maravillas del uni- »verso: es sencillo, vário, magestuoso »como la misma naturaleza que pinta con »tanta verdad y energía; y á exemplo de »ella desciende á las menores particula- »ridades para no dexar intersticio ni la- »guna en una materia de tanta importan- »cia. La *historia natural*, produccion la »mas hermosa y útil de este siglo, es »un monumento de ingenio y de eloqüen- »cia, con quien no puede competir ningu- »no de los que en este genero nos ha »dexado la antigüedad, y que admira- »rán las edades futuras. Quien la lea, »¿cómo podrá menos de conceder á su »ilustre autor aquellas dos circunstancias »ó qualidades que él mismo requiere en »un naturalista y que parecen tan contra- »rias, quiero decir, los vastos designios »de un ingenio ardiente, y la limitada »atencion de un instinto laborioso que se »aplica á una sola y determinada materia? »¿quién no dirá de él lo que él mismo dice »de Plinio, que no solamente sabe lo que

»se puede saber, sino que tiene aquella »facilidad de pensar en grande, que mul»tiplica la ciencia? No causan menos »admiracion la profundidad y extension »de sus indagaciones, la fuerza y soli»déz de sus raciocinios, que la nobleza »y brillantez de su estílo y la harmo»nía y claridad de su expresion. En su »historia natural se halla reunido lo mas »sublime de la filosofía, lo mas curioso »de la física, lo mas noble de la elo»qüencia y lo mas brillante de la poe»sía, mostrándose el autor en toda ella »filósofo, orador, y poéta inspirado por »aquel amor de la verdad, que pinta »con gracia, que penetra el corazon y »eleva el alma. Por todas partes siem»bra flores, y entrelaza á cada paso »descripciones agradables, con imáge»nes risueñas, sentimientos nobles y tier»nos, con reflexîones profundas é ideas »elevadas; en breves palabras, puede »servir de modélo de toda suerte de be»llezas.

»Algunas personas, faltas de imagi»nacion, han hallado que el estílo del »Conde de Buffon era demasiado poéti»co; pero ¿á quién tocaba tomar el pin-

»cél, dice el Señor Palisót, sino al his»toriador de la naturaleza? ¿y qué otro »medio le quedaba para pintar magistral»mente que el de robar algunas veces el »fuego sagrado de la poesía? Compadez»camos, pues, á los lectores insensibles »á las pinceladas vivas y acaloradas que »el pintor de la naturaleza ha tirado pa»ra animar sus quadros. ¿No debia ser»virse de colores subidos y muy varia»dos para sostener la atencion de los lec»tores, poco familiarizados con los ob»jetos sublimes, y que se fastidian in»mediatamente que para concebirlos tie»nen que poner de su parte algun cui»dado? El Conde de Buffon ha poseído »el singular talento de hacer compren»sibles á los entendimientos mas comu»nes, las materias mas abstractas, sin »perjudicar en nada á la energía que de »suyo tienen; y su pluma les ha pres»tado adornos de que hasta él no se »habian creído susceptibles ó capaces.

»Pero lo mas admirable de su his»toria natural es aquel encadenamiento, »aquel órden y regularidad que reynan »en cada una de las diferentes partes de »este vasto edificio, principalmente aque-

»lla unidad en que consiste su hermosu-
»ra y que está indicando el verdadero
»ingenio del arquitecto. Si las obras de
»la misma naturaleza son tan perfectas y
»admirables, no es por otra razon sino
»porque cada una de ellas forma un to-
»do, y porque trabaja sobre un plan
»eterno del qual nunca se aparta. Sus
»produciones nos causan asombro, pero
»lo que mas debe llamar nuestra aten-
»cion es el sello de la divinidad, cuyos
»caractéres llevan impresos, como lo ha
»dicho el mismo Conde de Buffon.

»Este sublime historiador empieza á
»pintar la naturaleza por lo mas grande
»que hay en ella, y desciende despues
»por grados á los objetos que estan mas
»proporcionados al alcance de nuestros
»sentidos. Explica primeramente la for-
»macion del universo, sobre que tanto
»se ha exercido la curiosidad filosófica
»de todos tiempos, y si su sistéma no
»siempre va acompañado de los caracté-
»res de la evidencia, es porque no es-
»tá concedido al hombre el participar
»de la inteligencia suprema; pero sus
»congeturas son las mas verosímiles que
»se han imaginado, pues por ellas se ex-

»plican mas fenómenos que en ningun »otro sistéma. Por otra parte conducen »á descubrimientos útiles, dilatan la es»fera de nuestras ideas y elevan el al»ma del lector. Es una complacencia ver »al entendimiento humano escaparse del »estrecho círculo de sus conocimientos, »remontarse hasta las regiones mas ele»vadas, correr la extension, entrar, pa»ra decirlo así, en el consejo del altí»simo, estudiar en cierto modo el plan »del arquitecto omnipotente, y asistir, »permítaseme esta expresion hiperbólica, »á la ordenacion del caos.

»El Conde de Buffon, despues de ha»bernos introducido en el santuario de la »naturaleza, nos lleva como por la ma»no á exâminar la decoracion exterior »de la tierra. Nos expone las diversas »propiedades de este elemento invisible »y sutíl que la rodea, y de este calor »distribuído en todas sus partes, que es »la causa principal de toda su vegeta»cion y vida; nos enseña que estas emi»nencias asombrosas, que forman cordi»lleras de montes tan dilatadas como los »continentes, no son excrescencias inúti»les ó deformidades de un globo mal

»ordenado, sino instrumentos admirables »construídos y dispuestos por el criador »para distribuir sus beneficios á toda la »tierra, pues las montañas deteniendo los »vapores del ayre, forman en su se- »no inmensos depósitos ó reservatorios, de »donde surten aguas vivas y salutíferas »que fertilizan las llanuras; y estas enor- »mes concavidades, dispuestas para re- »cibir el agua superflua, y de tanta ex- »tension como la de la tierra, forman »un imperio tan rico, como poblado. »Quando se han exáminado con el Con- »de de Buffon todos los fenómenos de »la naturaleza y los beneficios, igual- »mente que los rigores de esta madre »próvida, es imposible dexar de recono- »cer los caractéres de la divinidad que »por todas partes se muestra á nuestros »ojos; y si hay hombres que censuran »la fábrica del universo, ó son ignoran- »tes ó espíritus tétricos, que quisieran »que solo se hubiese hecho para ellos, »y sin otro objeto que su comodidad »personal.

»A la pintura de las revoluciones del »globo, se sigue una historia mas im- »portante. El estúdio propio del hombre,

»es el hombre mismo; y esta máxîma por »la qual, el Homero inglés (*) entendia »el exâmen reflexîvo de las pasiones y »de los vicios, se aplica con igual pro»piedad al hombre material, quiero de»cir, á las diferentes partes que com»ponen nuestro indivíduo. Y aun es pre»ferible este estúdio al primero, porque »está menos sujeto á errores é ilusiones. »La historia natural, de la qual es un »ramo esencial la anatomía, no necesita »suposiciones, ni una credulidad ciega: »habla á los ojos un lenguaje inteligi»ble, sin pretender sorprender la ima»ginacion, y nos conduce al conocimien»to moral de nosotros mismos. En efec»to, ¿cómo es posible exâminar la ex»tructura del cuerpo humano, sin pe»netrar hasta el principio sublime que le »aníma?

»Despues de habernos demostrado la »excelencia de nuestra naturaleza y su »superioridad respecto de la de los ani-

(*) Supongo que el autor habla aquí por Pope, filósofo inglés de los mas sublimes que se han conocido, y que ha tratado en harmoniosos versos el asunto mas elevado de la filosofía en su *ensayo sobre el hombre.*

»males, hace el Conde de Buffon una »descripcion eloqüente y verdadera del »cuerpo humano. No se contentó el cria»dor con formar y pulir la parte exte»rior del cuerpo humano, sino que cons»truyó interiormente todo lo que debia »darle movimiento, fecundidad y vida, »fabricando con una economía, de que él »solo es capáz, todos los muelles ó re»sortes que producen las sensaciones, las »quales alternativamente son causa oca»sional de los pensamientos. El Conde »de Buffon hace una pintura magnífica »de la miseria y grandeza del hom»bre: explica sus órganos, el desarro»llo y las funciones de los sentidos, el »uso de estos en toda su extension, los »errores á que está sujeta nuestra natu»raleza, y remata con un trozo subli»me en que hace hablar al primer hom»bre, tal qual probablemente se puede »creer que estaba en el instante de la »creacion, esto es, con sus órganos per»fectamente formados, pero enteramente »nuevo para sí mismo y para todo lo »que le rodeaba.

»No me empeñaré en continuar este »débil bosquexo del quadro inmenso de

»la naturaleza. Solo con su historiador »se debe recorrer el universo, para co- »nocer las variedades que distinguen á la »especie humana: solo con él se ha de »estudiar la naturaleza y la historia de »aquellos animales útiles convertidos en »amigos y bienhechores nuestros, y la »de aquellos montaraces y feroces que »saben substraerse á nuestro poder, y »que parece exercen á medias con noso- »tros el imperio de la tierra: solo con »este ingenio sublime debemos ver la na- »turaleza, cogerla, como quien dice, *in* »*fraganti*, y averiguar todos sus arcános »y secretos.

»Si los hombres se retratan en sus »escritos, ¿qué idea no debe darnos de »su autor la historia natural? Yo no to- »maré el empeño de representarle qual »es, pues solo toca á los pintores fa- »mosos retratar á los grandes hombres. »El nombre de Buffon está escrito en los »fastos del universo. Nadie ignora que »este autor se ha inmortalizado reunien- »do en sí virtudes sólidas y talentos su- »periores. Ademas de esto ha tomado por »basa nuestra sagrada religion, y reco- »nocido la necesidad de una revelacion

»divina, en un tiempo en que triunfa la »impiedad, en que el mal uso del en»tendimiento pasa por razon, y en que »se adoptan por principios los que en la »realidad son paradoxas."

El Señor de Bury, autor francés y enemigo irreconciliable de los filósofos visionarios y de juicio descarriado en materias de religion, hablando de nuestro Conde de Buffon, se explica en estos terminos en el tomo II, pág. 64 de su *Historia abreviada de los filósofos y mugeres célebres.*

"Para dar la última prueba del punto »de perfeccion á que los Franceses han »llevado el estúdio y conocimientos de »la física, debo hablar de una obra tan »completa en este genero, que no pon»dré dificultad en compararla con las »de los mayores filósofos que han tra»tado de esta ciencia. Esta es la *histo»ria natural* del Conde de Buffon, que »está comunmente reputado por uno de »los mejores escritores de nuestro siglo, »cuya nobleza y elegancia de estílo re»conocen unánimemente todos los que »leen sus obras. Es ciertamente una cosa »que á todos ha causado admiracion el

»que el Conde de Buffon haya encontra-
»do el arte de introducir en asuntos tan
»áridos por su naturaleza, innumerables
»bellezas y primores, tan sencillos como
»naturales, sin que por eso se debilite la
»fuerza y solidéz de sus raciocinios; por
»manera, que todos sus lectores, aun los
»menos instruídos, experimentan deleyte
»en ocuparse agradablemente, y utilidad
»al mismo tiempo en adquirir conoci-
»mientos, sin necesidad de recurrir á me-
»ditaciones profundas. En suma, se pue-
»de decir sin lisonja, que esta historia
»natural es la mas extensa y completa
»que hay, no solo en nuestro idióma,
»sino en todos los demas, y que es pre-
»ferible á la de Aristóteles, Plinio y
»otros naturalistas. Ademas de esto se
»nota en los escritos del Conde de Buf-
»fon cierta moderacion y reserva que no
»se encuentra en los antiguos, pues no
»pretende, como ellos, penetrar los
»misterios que Dios ha querido ocultar
»á nuestra comprension, ni inventa sis-
»témas, sino que refiere las opiniones de
»los filósofos mas sensatos, y los descu-
»brimientos hechos por él á fuerza de
»meditacion y de largas experiencias re-

»petidas y comprobadas á costa de fa»tigas inmensas. Finalmente, por los »conatos de este sabio, auxîliado por »la munificencia de Luis XV., y báxo »los auspicios favorables del Duque de »la Vrilliere, se ha construído y plan»tificado en París el magnífico gabine»te de historia natural que cautiva la »admiracion de toda la Europa; y en »efecto, consideradas atentamente las be»llezas y preciosidades que contiene, no »es posible dexar de entrar cada uno »dentro de sí mismo, y convencerse de »que solamente un Dios, como el que »adoramos, pudo haber criado tan gran»des maravillas."

La acusacion mas injuriosa é infundada que se ha hecho al Conde de Buffon es la de que, hablando de la muerte natural, dice en el tomo IV, pág. 182 (de la traduccion), *que la muerte no debe temerse, si se ha vivido de modo que sus resultas no deban causar temor.* Esta opinion de que la muerte, considerada naturalmente ó como un efecto necesario de las leyes de la union entre el alma y el cuerpo, no es un mal, ni está acompañada de los dolores y angustias

que muchos imaginan, cuenta ya tantos siglos de antigüedad como la secta de los Estóicos. Nuestro Cordovés, el estóico Séneca, la sostiene como una verdad de que no es lícito dudar, y posteriormente á Séneca la han defendido varios filósofos anteriores al Conde de Buffon, entre ellos el Padre Feixó, que la ha expuesto y amplificado mucho mas que Buffon, no me acuerdo en qué parte de sus obras. Y así, ni lo que en esta parte dice Buffon es nuevo, ni podia ser otro su objeto que desimpresionar (como lo advierte con la precaucion que acostumbra su traductor), á la mayor parte de las gentes que conciben la muerte dolorosa por la separacion del alma del cuerpo. Buffon, inflamado de aquel espíritu filantrópico con que procura instruir á sus semejantes en todo lo que les interesa saber para mejorar su condicion, insertó en la historia del hombre esta qüestion, exâminándola filosóficamente y sin otro respeto que el de destruir una preocupacion, pues por lo que mira á las conseqüencias de la separacion del alma, y á su estado en otra vida futura, lo es-

tablece expresa y terminantemente, no tan solo por las palabras arriba citadas, sino con mucha mas decision y menos riesgo aun de equivocacion, al fin de aquel artículo donde dice (pág. 250): *el cesar de ser es nada, y el único temor debe recaer sobre la muerte del alma.* Despues de esto, ¿puede imaginarse acusacion mas injusta?

Pero vengamos ya á aquellos sublimes pasages de sus obras, que atestiguan la sinceridad de su creencia y la penetracion de su ingenio en todas las materias sobre que se exercitó su meditacion para hacer mas felices á sus semejantes, ó á lo menos para disminuir en parte la gravedad de sus males, excitando en su alma el amor de la verdad y de las ciencias benéficas al hombre. Exâminando el tiempo en que el poder del hombre empezó á ayudar al de la naturaleza, recorre con rapidéz los diversos estados del mundo hasta llegar al presente, y atribuye al temor y á la supersticion los lentos progresos de la industria y de la inteligencia humana; y hablando despues de la pérdida de las ciencias, de esta primera herida hecha á la humanidad por la

cuchilla de la barbarie, y efecto de una funesta revolucion que destruyó en pocos años la obra de la ilustracion de muchos siglos, exclama con toda esta energía:

»¿Y qué diremos de los siglos de »barbarie que han pasado para nosotros »sin la menor utilidad? Se han sepulta»do para siempre en una noche profun»da, y el hombre abismado entonces en »las tinieblas de la ignorancia, cesó, di»gámoslo así, de ser hombre; porque »la rusticidad, seguida del olvido de las »obligaciones, empieza por afloxar los »lazos de la sociedad, y la barbarie »acaba de romperlos. Las leyes menos»preciadas ó proscriptas, las costumbres »degeneradas en hábitos feroces, el amor »de la humanidad, aunque gravado en »caractéres sagrados, borrado de los co»razones, y el hombre finalmente sin »educacion ni moralidad, reducido á una »vida solitaria y salvage, no ofrecia, en »lugar de su sublime naturaleza, mas »que la de un sér inferior al animal. No »hace mas que cerca de treinta siglos, »que el poder del hombre se ha reuni»do al de la naturaleza. Por su inteli»gencia los animales han sido domestica-

»dos, domeñados y reducidos á perpe-
»tua obediencia; por sus trabajos las la-
»gunas han sido desecadas, contenidos
»los rios, quitadas sus cataratas, cla-
»reados los bosques y los páramos cul-
»tivados; por su reflexîon los tiempos han
»sido contados, los espacios comensura-
»dos, los movimientos celestes reconoci-
»dos y combinados, el cielo y la tierra
»comparados, engrandecido el universo,
»y su criador dignamente adorado; por
»su arte, fruto de la ciencia, los mares
»han sido atravesados, abiertos los mon-
»tes, los pueblos aproxîmados, descu-
»bierto un nuevo mundo, y otras mil
»tierras aisladas han entrado en su do-
»minio; finalmente, toda la faz de la
»tierra está hoy marcada con el cuño
»del poder del hombre, cuyo poder,
»aunque subordinado al de la naturale-
»za, la ha superado á veces, ó á lo
»menos la ha ayudado tan maravillosa-
»mente, que con el auxîlio de nuestras
»manos, se ha desarrollado en toda su
»extension, y llegado por grados al pun-
»to de magnificencia y de perfeccion en
»que hoy la vemos.

»El hombre, rompiendo montes, bar-

»bechando terrenos y poblando un país, »influye sobre el poder de la naturale»za, fecundiza para millares de años las »tierras, y aun dá calor al temperamento »en que vive, pues de la diferencia del »temple depende la mayor ó menor ener»gía de la naturaleza. ¡Venturosas aque»llas regiones donde todos los elementos »que constituyen el temperamento, estan »equilibrados y felízmente combinados en»tre sí, para no causar sino efectos fa»vorables! Pero, ¿hay alguna que des»de su origen haya tenido este privile»gio, alguna en que el poder del hom»bre no haya ayudado al de la natura»leza, ya sea atrayendo ó desviando las »aguas, ya arrancando las yerbas inú»tiles y los vegetales nocivos ó super»fluos, ó ya conciliandose los animales »útiles, multiplicando sus especies? De »las trescientas especies de animales qua»drúpedos, y mil y quinientas de volá»tiles que pueblan la superficie de la tier»ra, el hombre no ha elegido mas que »diez y nueve ó veinte; y estas veinte es»pecies hacen ellas solas mas figura en la »naturaleza, y traen mas utilidad á la tier»ra, que todas las demas especies juntas.

»El hombre multiplicando las espe-
»cies útiles de los animales, aumenta so-
»bre la tierra la cantidad del movimiento
»y de la vida: ennoblece al mismo tiem-
»po la cadena ó série entera de los se-
»res, y se ennoblece él mismo, trans-
»formando al vegetal en animal, y á uno
»y otro en su propia sustancia, la qual
»se propaga despues por una multipli-
»cacion numerosa. Millares de hombres
»existen en el mismo espacio que ocu-
»paban antiguamente doscientos ó tres-
»cientos salvages, y millares de anima-
»les donde solamente habia algunos in-
»divíduos; por él y para él se han fo-
»mentado las semillas de las producio-
»nes mas preciosas, y las frutas mas ex-
»quisitas se han cultivado. No hay mas
»que comparar nuestras frutas, flores y
»legumbres actuales con las de ciento y
»cincuenta años mas atrás. El salvage,
»como no tiene idea de la sociedad, ni
»aun ha buscado la de los animales; y
»se ve en la mayor parte de la Amé-
»rica meridional, que los salvages no so-
»lo no conocen los animales domésticos,
»sino que destruyen con la misma indife-
»rencia las especies buenas, que las malas.

»Estos exemplos prueban que el hom-
»bre ha conocido demasiado tarde la ex-
»tension de su poder, y aún que no la co-
»noce todavía bastantemente. El poder del
»hombre depende enteramente de su in-
»teligencia, y así quanto mas observe,
»tanto mas cultivará la naturaleza, y
»tantos mas medios y facilidad tendrá
»de sujetarla y de sacar de su seno nue-
»vas riquezas, sin menoscabo de los te-
»soros de su fecundidad inagotable. ¿Y
»qué no podria sobre sí mismo, quiero
»decir, sobre su propia especie, si la
»voluntad fuera dirigida siempre por la
»inteligencia? ¿quién sabe hasta qué
»punto podria perfeccionar su naturale-
»za, así en la parte moral, como en la
»física? El arte de hacer á todos los
»hombres, no igualmente felices, sino
»menos desigualmente desgraciados, ¿no
»estaría mas adelantado? ¿no habria mas
»medios de subsistir, mas abundancia y
»mas facilidad de propagarse los hom-
»bres, que es el fin moral de todas las
»sociedades? Y por lo que respeta á la
»física, la medicina y demas artes que
»tienen por objeto nuestra conservacion,
»¿están tan adelantadas ni se conocen

»tan bien como las artes destructoras in-
»ventadas por la guerra? Mas ya las lu-
»ces y la experiencia han empezado á
»desengañar al hombre de sus errores,
»haciendole entender que la ciencia es su
»verdadera gloria, y la paz su verda-
»dera felicidad." (*)

El universo era para el Conde de Buffon un espejo que reverberaba continuamente á sus ojos la imagen del criador, y un expectáculo que excitaba toda su admiracion y las grandes ideas que concebia acerca del poder de la naturaleza y de la bondad, sabiduría y omnipotencia infinita de su autor. De ahí aquellas consideraciones tan elevadas sobre el sistéma general, uniforme y sencillo de su modo de obrar en la produccion de los seres, y aquella originalidad con que él expresa sus conceptos y sentimientos interiores, quando considera

(*) Los beneficios que las ciencias han causado á la Europa, despues de la restauracion de las letras, son tan conocidos, que sería temeridad negarlos. La historia de esta restauracion y del estado actual de las ciencias en Europa, hecha por el Señor Bury, es tan curiosa é importante, que hemos juzgado conveniente darla traducida en nuestras notas últimas, donde la hallará el lector (núm. 3.)

la coleccion ó conjunto de los seres que componen el universo.

"Un indivíduo, dice en una de sus »consideraciones, ni millares de indivíduos de qualquiera especie que sean, son »nada en la naturaleza; los únicos seres »de la naturaleza son las especies, seres »tan antiguos y permanentes como ella »misma, que no deben considerarse como uua coleccion ó série de indivíduos »semejantes, sino como un todo independiente del número y del tiempo, como »un todo siempre existente que en las »obras de la creacion ha sido contado »por uno, y que por consiguiente no »compone mas que una unidad en la naturaleza, siendo la primera de estas »unidades la especie humana. Ninguna »porcion del tiempo compone parte de »la duracion de la naturaleza viviente »que subsiste y subsistirá como ha subsistido, y el tiempo mismo solo es relativo á los indivíduos, cuya existencia es fugitiva, y las especies por el »contrario son perpetuas y permanentes. »La naturaleza mira á todas las especies »con igual atencion, y ha dado á cada »una los medios de existir y de durar

»tanto como ella misma. Coloquemos aho-
»ra la especie en lugar del indivíduo, y
»figurémonos que este indivíduo represen-
»ta toda la especie humana: él verá la
»primavera suceder al invierno, el otoño
»al estío, el frio al calor, la destruc-
»cion á la renovacion; pero estas ideas
»de renovacion y de destruccion, ó mas
»bien, estas imágenes de vida y de muer-
»te, por grandes y generales que parez-
»can, no son mas que individuales, y
»así juzga el hombre, como indivíduo,
»la naturaleza; mas el hombre que hemos
»puesto en lugar de la especie, la juz-
»gará en grande, y no verá en esta des-
»truccion y renovacion y en todas las de-
»mas sucesiones de los seres mas que du-
»racion y permanencia. Un año y mil
»años serán para él una misma sucesion
»de tiempo, y el milésimo animal, en el
»órden de las generaciones, el mismo que
»el primer animal.

»¿A qué fin, se me dirá, esta pro-
»fusion de semillas, perdídas á millares
»para que una se lógre, esta propaga-
»cion ó multiplicacion de unos seres que
»destruyendose y renovandose perpetua-
»mente, ofrecen siempre la misma esce-

»na y no pueblan mas ni menos la na-
»turaleza : ó de que proceden estas al-
»ternativas de muerte y de vida , estas
»leyes de incremento y de destruccion,
»estas vicisitudes finalmente individuales,
»y todas estas representaciones renova-
»das de una misma y sola cosa? De-
»penden , respondo , de la esencia mis-
»ma de la naturaleza y del primer es-
»tablecimiento de la máquina del mun-
»do , pues siendo ésta fixa en su todo , y
»movible en cada una de sus partes , los
»movimientos generales de los cuerpos
»celestes han producido en ella los mo-
»vimientos particulares : las fuerzas pe-
»netrantes de que estos grandes cuerpos
»estan animados , y por las quales obran
»á lo lexos y recíprocamente unos sobre
»otros , animan tambien cada átomo de
»materia ; y esta propension mútua de to-
»das sus partes unas hácia otras , es el
»primer enlace de los seres , el princi-
»pio de la constitucion de las cosas , y
»el apoyo de la harmonía del universo.
»Produciendo la inclinacion del exe de la
»tierra , en su movimiento ánuo al rede-
»dor del sol , alternativas durables de ca-
»lor y frio , llamadas *estaciones* , todos

»los seres vegetantes tienen tambien en »todo ó en parte sus estaciones de muer- »te y de vida. La constitucion particu- »lar de los animales y de las plantas, es »relativa al temple general del globo de »la tierra, y este temple depende de su »situacion ó distancia á que se halla del »globo del sol: á mayor distancia no »podrian vivir ni vegetar, y á menor el »agua y los demas líquidos se desvane- »cerían y disiparían convertidos en va- »pores, pues el yelo y el fuego son los »elementos de la muerte, y el calor tem- »plado el primer origen de la vida. Así »vemos, debaxo de la línea, donde las »quatro estaciones estan reducidas á una, »la tierra siempre florida, los árboles »continuamente verdes, y la naturaleza »en una primavera perpetua.

»Cada especie de animales y vege- »tales, habiendo sido criada, los pri- »meros indivíduos sirvieron de modélo á »todos sus descendientes. El cuerpo de ca- »da animal ó de cada vegetal, es un mo- »délo á que se asimilan indiferentemente »las moléculas orgánicas de todos los »animales ó vegetales destruídos por la »muerte ó consumidos por el tiempo, y

»estas partes orgánicas, circulando conti-
»nuamente de cuerpo en cuerpo, animan
»todos los seres organizados. De consi-
»guiente, el fondo de las substancias vi-
»vientes es siempre el mismo, y nunca
»experimentan variaciones sino en la for-
»ma, esto es, en la diferencia de las
»representaciones, cuyas variaciones tan
»notables para el indivíduo, son indife-
»rentes para la naturaleza, la qual des-
»conoce el número de los indivíduos y
»no los ve sino como imágenes sucesivas
»de un solo y único sello, y como som-
»bras fugitivas cuya especie es el cuer-
»po. Exîste, pues, en la tierra, en el ay-
»re y en el agua una cantidad determi-
»nada de materia orgánica, que ninguna
»cosa puede destruir, y al mismo tiem-
»po un número determinado de moldes
»capaces de asimilarse esta materia, los
»quales se destruyen y renuevan á cada
»instante; y este número de moldes ó
»de indivíduos, aunque variable en ca-
»da especie, en el total es siempre el
»mismo y proporcionado siempre á esta
»cantidad de materia viviente. El sello
»de cada especie es un molde, cuyos
»principales rasgos estan gravados en ca-

»ractéres indelebles y permanentes para »siempre ; pero todos los rasgos acceso»rios varían, y ni hay indivíduo perfec»tamente semejante á otro, ni existe nin»guna especie en que no haya gran nú»mero de variedades. En la especie hu»mana, en la qual el sello divino pro»fundizó mas, la impresion no dexa de »variar de lo blanco á lo negro, de lo »pequeño á lo grande &c., y el Lapon, »el Patagón, el Hotentote, el Européo, »el Americano y el Negro, aunque pro»cedidos de un mismo padre, están muy »distantes de parecerse como hermanos."

Pero pongamos ya término á nuestra taréa, dando la última prueba de la sabiduría del Conde de Buffon, de la energía de su estílo, de la elevacion de sus ideas, de la sublimidad de sus miras filosóficas y de los sentimientos religiosos, de que estaba íntimamente penetrado quando se trataba de las maravillas del universo y de los fines del autor de la naturaleza en las obras de la creacion. Oygámosle discurrir, en otra consideracion de la naturaleza, y quedarémos asombrados con la pintura que hace de esta misma naturaleza, gobernada y dirigida por

la mano omnipotente de su eterno hacedor, en los diversos estados en que puede ser considerada por la mente humana, relativamente al que ha tenido y actualmente tiene, segun el órden de las leyes naturales que obran peremnemente, y sin la menor interrupcion. ¡Qué asombro! ¡qué magnificencia tan grande la de Dios en las obras de la creacion! ¡qué bondad para con su criatura privilegiada, el hombre! En verdad que aquí es preciso convenir con el traductor del inmortal Buffon, que el estúdio de la historia natural es de suma utilidad así en lo moral como en lo físico, y exclamar con él: " ¿Qué utilidad es comparable con »la que deben producirnos la contempla»cion y exâmen de las maravillas del uni»verso, si, como es justo, no las ob»servamos para satisfacer nuestro natu»ral apetito de saber cosas extraordina»rias, sino para excitarnos por ellas á »conocer y glorificar al criador? ¿Y quál »será el hombre que aplicandose al es»túdio de la naturaleza no se sienta ar»rebatado de contemplar el poder, sa»biduría y providencia del autor de ella, »que con mano liberalísima nos ha he-

»cho otros tantos dones quantos son las »cosas que ha criado para nuestra co- »modidad y para que nos ayuden á ser- »virle? De ningun modo (prosigue en su »erudíto y bien meditado prólogo) po- »demos fixar la vista ni la consideracion »en la extension de los cielos, en la her- »mosura é inmensidad de los astros, en »el globo que habitamos, en los mares, »rios y fuentes, en los montes y sus ca- »vernas, en los valles y collados, en »los bosques sombríos y en las verdes »praderas matizadas de mil colores, en »las minas abundantes de ricos y útiles »metales y de piedras finas, en los true- »nos y relámpagos, en las lluvias, nie- »ve, granizo y escarchas, en los volca- »nes, vórtices aëreos y bombas marinas, »en los enormes cetáceos, ni en las aves »y animales silvestres ó domésticos, sin »que en todo esto y en quanto registra »nuestra vista ó alcanza nuestro enten- »dimiento, pueda ocultársenos la mano »del criador, de cuya gloria dan testi- »monio todas las criaturas.... ¡O sábia y »próvida naturaleza! ¡quién me diese (ex- »clama mas adelante) ser órgano capáz »de publicar una pequeña parte de tus

»beneficios, y de inspirar amor á tu es-
»túdio!" Concluyamos, pues, este apén-
dice con el mejor trozo de la pluma del Conde de Buffon, superior, á mi entender, á la del sublime y lúgubre Joung en su *vista moral de las cielos*, y á la de su compatriota el tétrico, pero enérgico Hervey en sus *sepulcros*; y deseosos del bien universal de la raza humana, y de la paz y armonía, no solo del mundo físico, sino del mundo moral por medio del órden y silencio de las pasiones tumultuosas, que perturban y desordenan la tranquilidad natural del corazon humano, repitamos con él la invocacion al autor de la naturaleza, con que finaliza la consideracion que vamos á extractar.

"La naturaleza, dice, es el sistéma »de las leyes establecidas por el criador »para la exîstencia de las cosas y la su-»cesion de los seres. Esta naturaleza, que »puede considerarse como una potencia »viviente é inmensa que abraza y aní-»ma todo lo que exîste, está subordi-»nada al poder del primer sér, y no em-»pezó á obrar ni obra nunca sino con su »concurso ó consentimiento. Toda su fuer-

»za la viene del poder divino, y los efec-
»tos de esta fuerza ó poder son los fe-
»nómenos del mundo: los medios que em-
»plea son fuerzas vivas que el espacio
»y el tiempo solo pueden medir y limi-
»tar, pero no destruir: las unas pene-
»tran y transportan los cuerpos, las otras
»los aníman y calientan; la atracion y
»la impulsion son los dos principales ins-
»trumentos de la accion de este poder
»sobre la materia bruta; el calor y las
»moléculas orgánicas vivientes son los
»principios activos que emplea para la
»formacion y desarrollo de los seres or-
»ganizados. El poder de la naturaleza
»solo se reduce á alterar, mudar, des-
»truir, desarrollar, renovar y producir,
»pues los dos extremos del poder *ani-*
»*quilar* y *crear*, son atributos propios
»de la omnipotencia exclusivamente. La
»naturaleza, ministro de las órdenes ir-
»revocables del criador, y depositaria
»de sus inmutables decretos, no se apar-
»ta jamas de las leyes que la han sido
»prescriptas; nada altera en los planes
»que la han sido trazados, y en todas
»sus obras presenta el sello del Eterno.
»Este divino sello, prototípo inalterable

»de las exîstencias, es el modélo á que »se conforma en sus obras: modélo cu»yos rasgos estan expresados en carac»téres indelebles é impresos para siem»pre; modélo siempre nuevo, que el nú»mero de los moldes ó copias, por infi»nito que sea, no hace mas que reno»var. Todo quanto exîste ha sido cria»do, y nada se ha aniquilado desde en»tonces, ni se aniquilará mientras la vo»luntad de Dios no revoque sus decretos.

»Millares de globos luminosos, co»locados á distancias inmensas unos de »otros, son las basas que sirven de fun»damento al edificio del mundo. Dos fuer»zas primitivas agitan estas grandes ma»sas, las hacen circular, las transpor»tan y las animan: cada una obra sin ce»sar, y entrambas, combinando sus esfuer»zos, señalan las zonas de las esferas ce»lestes, establecen en medio del vacío lu»gares fixos y caminos determinados, y »del seno mismo del movimiento nace »el equilibrio de los mundos y el repo»so del universo (*). ¡Qué objetos! El

(*) Todo esto que dice Buffon se ha de entender hipotéticamente y no como un sistéma demostra-

»cielo es el país de los grandes aconte-
»cimientos, pero apenas pueden los ojos
»humanos percibirlos. El hombre, limi-
»tado al átomo terrestre en que vegeta,
»ve á este átomo como un mundo, y
»no ve á los mundos sino como átomos.
»La tierra en que habita es un millon
»de veces mas pequeña que el sol que
»la alumbra, y mil veces mas pequeña
»que otros planetas, que, como ella, se
»ven subordinados al poder de este astro,
»y precisados á girar en torno de él.
»¡Qué infinidad de lumbreras en la bó-
»beda celeste! ¡Con quanta magnificen-

trado y cierto. Ya lo advierte el Señor Clavijo quando dice en su prólogo: "La teórica de la tierra »del Conde de Buffon debe considerarse, á mi pa-»recer, como una novela ingeniosa, en que el au-»tor, combinando observaciones y experimentos cu-»riosos, ha explicado, no el modo con que se »formaron nuestro globo y los demas planetas, sino »las leyes con que, supuesta la indispensable volun-»tad y concurso del criador, pudieran haber sido »formados. Las conseqüencias que de las observa-»ciones se sacan para el fin principal de la novela, »son seguramente fabulosas, pero las observaciones »son ciertas, y útil su noticia." Todo el mundo sabe ademas que la opinion del movimiento de la tierra al rededor del sol, está tolerada como hipótesi, y esta advertencia mia parece escusada entre católicos.

»cia no brilla la naturaleza sobre la tier-
»ra! Una luz pura, extendiendose de
»oriente á occidente, dora sucesivamente
»los hemisferios de este globo; un ele-
»mento sutíl y transparente le rodea; un
»calor suave y fecundo aníma y desar-
»rolla los germenes de vida; aguas vi-
»vas y saludables sirven á su vegetacion
»y fomento; eminencias, distribuidas en
»medio de las tierras, detienen en sus
»cerros los vapores del ayre, y for-
»mando en inmensas concavidades ma-
»nantiales inagotables y siempre nuevos,
»dividen los continentes.

»La extension del mar es igual á la
»de la tierra; y no es éste un elemento
»frio y estéril, sino un imperio nuevo,
»tan rico y tan poblado como el pri-
»mero. El dedo de Dios le ha señalado
»sus confines, y si el mar gana terre-
»no sobre las costas de occidente, tam-
»bien dexa descubiertas las de oriente.
»Esta masa enorme de agua, pasiva por
»sí misma, sigue las impresiones de los
»movimientos celestes, balancéa sus aguas
»con las oscilaciones regulares del fluxo
»y del refluxo, sube ó baxa con el as-
»tro de la noche, y se eleva mas quan-

»do concurre la luna con el sol, y reu-
»niendo entrambos sus fuerzas en la es-
»tacion de los equinocios, causan las
»grandes maréas. En ninguna parte es
»mas visible la correspondencia del cie-
»lo con la tierra, que en el mar; de es-
»tos movimientos constantes y generales
»resultan movimientos variables y parti-
»culares, acarreos de tierra, depósitos
»que forman en lo profundo de las aguas
»eminencias semejantes á las que vemos
»sobre la superficie de la tierra.

»El ayre todavía mas sutíl y mas
»fluído que el agua, obedece por lo mis-
»mo á mayor número de fuerzas: la ac-
»cion distante del sol y de la luna, la
»inmediata del mar, la del calor que le
»enraréce y la del frio que le condensa,
»causan en él continuas agitaciones. Los
»vientos son sus corrientes, que juntan
»ó dispersan las nubes, que producen los
»metéoros, que llevan los vapores hú-
»medos de las regiones marítimas á los
»áridos continentes terrestres, que deter-
»minan las tempestades, y que extienden
»y distribuyen las lluvias fecundas y los
»rocíos benéficos. Los vientos alteran los
»movimientos del mar, agitan la super-

»ficie movible de las aguas, detienen ó »precipitan las corrientes y las hacen re»troceder, sublevan las olas y excitan las »borrascas; el mar irritado se eleva has»ta las nubes y va á estrellarse braman»do contra los inalterables diques pues»tos por la naturaleza, que con todos »sus esfuerzos no puede ni destruir ni »sobrepujar.

»La tierra, elevada sobre el nivél del »mar, está á cubierto de sus irrupcio»nes: su superficie esmaltada de flores, »adornada de un verdor que renace sim»pre, y poblada de millares de especies »de animales, es un lugar de reposo, »una mansion de delicias en que colo»cado el hombre para ayudar á la na»turaleza, preside á todos los seres. So»lo entre todos capáz de conocer y dig»no de admirar, le ha hecho el criador »espectador del universo y testigo de »sus maravillas: la centella divina de que »está animado, le hace participante de »los divinos misterios, pues únicamente »á favor de esta luz celestial piensa y »reflexiona, y ve y lee en el libro del »mundo como en un exemplar de la di»vinidad.

»La naturaleza es el trono exterior »de la magnificencia divina, y el hom»bre que la contempla se eleva por gra»dos al trono interior de la omnipoten»cia. El hombre hecho para adorar al »criador, manda á todas las criaturas; »vasallo del cielo y rey de la tierra la »ennoblece, la puebla y la enriquece: »establece el órden, la subordinacion y »la armonía entre los seres vivientes: her»moséa la naturaleza, la cultiva, la en»grandece y la pule, desarraygando el »cardo silvestre y las espinas, y multi»plicando en su lugar los pámpanos y »la rosa. ¡Qué diferencia entre la natu»raleza bruta y la naturaleza cultivada! »En aquellas tristes regiones, que el »hombre no ha habitado nunca, no se »ven mas que espesos y sombríos bosques »en todas las partes elevadas, árboles »descortezados y sin cimas, podridos y »cayéndose de vetustéz, escombros de »vegetales amontonados unos sobre otros »que no dexan medrar á los que nacen al »pie de ellos. La naturaleza que por to»das partes brilla con la lozanía de la ju»ventud, parece que está allí en la de»crepitud; y la tierra, en lugar de ver-

»dor y flores, no ofrece á la vista en las »alturas sino árboles antiquísimos, cu»biertos de negro moho y entrelazados »con plantas parasítas, frutos impuros de »la corrupcion; y en las llanuras lagos »y aguas estancadas, donde se crian plan»tas aquátiles y fétidas, que solo ali»mentan insectos venenosos, y sirven de »madriguera á los animales inmundos.

»Todo lo contrario sucede en la na»turaleza cultivada por la mano del hom»bre. ¡Quánta no es la belleza de esta »naturaleza cultivada! ¡quán brillante y »pomposamente engalanada no se muestra »por los cuidados del hombre! Él mis»mo hace su principal ornamento, y es »la mas noble produccion de ella; mul»tiplicandose el hombre, se multiplica »tambien el germen mas precioso de la »naturaleza, y parece que ella misma se »multiplica con él, pues con su arte sa»ca á luz todo lo que ella oculta en su »seno. Las flores, los frutos y los gra»nos perfeccionados y multiplicados á lo »infinito; las especies útiles de los ani»males transportadas, propagadas y au»mentadas sin número; las nocivas dis»minuidas y desterradas; el oro y el

»hierro (mas necesario que el oro) saca-
»dos de las entrañas de la tierra; los
»arroyos contenidos; los rios dirigidos
»y estrechados; el mar mismo someti-
»do, reconocido y surcado de un hemis-
»ferio á otro; la tierra accesible por to-
»das partes, y fertilizada tambien por
»todos lados; praderas amenas en los
»valles; en las llanuras abundantes pas-
»tos, ó mieses aun mas abundantes; las
»colinas cargadas de viñas, y sus cimas
»coronadas de árboles útiles y de bos-
»quecillos recien plantados; los páramos
»convertidos en ciudades pobladas de un
»gentío inmenso, que girando sin cesar,
»se extiende del centro á los extremos;
»caminos abiertos y freqüentados, y co-
»municaciones generalmente establecidas
»á todas partes, como otros tantos tes-
»timonios de la fuerza y union de las so-
»ciedades; finalmente, otros mil monu-
»mentos de poder y de gloria, demues-
»tran bastantemente que el hombre, señor
»del dominio de la tierra, ha mudado y
»renovado toda su superficie, y que siem-
»pre ha dividido con la naturaleza el im-
»perio de ella (*).

(*) El hombre en el estado primitivo de su inocen-

»Sin embargo, el hombre no reyna »sino por derecho de conquista, y mas »bien que poseedor, es un mero inquili- »no de la tierra, que no puede gozar ni »conservar sino á costa de repetidos y »nuevos cuidados, cesando los quales todo »se altera, se muda y desfallece, y vuel- »ve á entrar báxo del dominio de la na- »turaleza: la qual recobrando sus de- »rechos, borra las obras del hombre, »cubre de tierra y moho sus mas alti- »vos monumentos, los destruye con el »tiempo, y no le dexa mas que el sen- »timiento de haber perdido por su culpa »lo que habian conquistado sus mayores »á fuerza de mucho trabajo. Estos tiem- »pos en que el hombre pierde su domi- »nio, estos siglos de barbarie en que to-

cencia, era dueño y señor de la tierra, pero despues de la culpa original quedó tan cercenado su dominio y tan debilitado su poder, que solo á costa de sudores y fatigas vive sobre la tierra, cumpliendose en esto la maldicion de Dios á nuestro primer Padre. Esto es lo que nos enseña la Religion, y lo que el mismo Buffon reconoce en el párrafo mas abaxo. Los desórdenes morales tambien dimanan de la flaqueza de nuestra naturaleza, propensa al mal, enfermiza y como convaleciente despues de aquella primer culpa, y solamente fuerte y robusta con los auxîlios de la gracia del Redentor.

»do perece, son precedidos siempre de la »guerra, y llegan con la despoblacion »y el hambre. El hombre, que solamente »es fuerte por el número y la reunion »y felíz con la paz, tiene el furor de ar»marse para su desgracia y de combatir »para su ruina. Excitado de la insaciable »codicia, obcecado por la ambicion, to»davía mas insaciable, renuncia los sen»timientos de la humanidad, convierte »todas sus fuerzas contra sí mismo, pro»cura destruirse, se destruye en efecto, »y pasados aquellos dias de carnicería »y de sangre, quando ya se ha disipado »el humo de la gloria, ve con ojos tris»tes y llorosos la tierra desolada, sepul»tadas las artes, dispersas las naciones, »los pueblos debilitados, su propia feli»cidad arruinada, y su verdadero poder »aniquilado."

INVOCACION AL AUTOR DE LA NATURALEZA.

Gran Dios, cuya sola presencia sostiene la naturaleza y mantiene la armonía de las leyes del universo; tú, que desde el trono inmóvil del empireo, ves girar debaxo de tus plantas las esferas celestes sin confundirse ni tocarse; que del seno del reposo reproduces á ca-

da instante sus inmensos movimientos, y riges solo, en una paz profunda, ese número infinito de cielos y de globos: concede, concede por último la tranquilidad á la tierra agitada! Haz que reyne en ella la quietud, y que al imperio de tu voz cesen los altaneros clamores de la discordia y de la guerra. Tu vista paternal, ¡ó Dios de bondad, autor de todos los seres! abraza todos los objetos de la creacion; pero el hombre es criatura tuya por eleccion. Y pues has iluminado su alma con un rayo de tu luz inmortal, colma tus beneficios traspasando su corazon con una saeta de tu divino amor, con el qual, propagandose su actividad por todas partes, se reconciliarán las naturalezas enemigas, el hombre no temerá mas el aspecto del hombre, el hierro homicida no armará mas su brazo, ni el fuego devorador de la guerra agotará el manantial de las generaciones. La especie humana, actualmente debilitada, mutilada y segada en su flor, germinará de nuevo y se multiplicará sin cuento; la naturaleza, abrumada con el peso de las calamidades, esteril y abandonada, en breve recuperará, con una nueva vida, su antigua fecundidad; y nosotros, Dios benéfico y misericordioso, la ayudarémos, la cultivarémos y observarémos sin cesar, para ofrecerte á cada instante un nuevo tributo de reconocimiento y de admiracion.

FIN.

(*Nota* 1. *á la página* 25.)

El Conde de Buffon reprende muy al caso la nimia escrupulosidad en el uso de las palabras, ó lo que se llama *purismo pedantesco*; pero no tiene razon en permitirse á sí mismo ni á otros el uso y variacion de la significacion de los verbos que son néutros, convirtiendolos en activos. Esto sería trastornar de arriba abaxo el antiguo y maravilloso edificio de las lenguas, cuya fuerza y entereza consiste principalmente en el mecanismo ó órden de la sintaxîs respectiva de cada idióma, que no es lícito alterar sin faltar á la índole y primeros elementos de que constan dichas lenguas. Por lo demas juzgo muy justa la censura del Conde en quanto á la debilidad de aquellos erudítos que tienen la cabeza bastante desocupada para andar toda la vida á caza de vocablos, sin cuidar de buscar los que mejor expresan las ideas, aunque sean menos sonoros y no tan usados. En esto consiste, y no en que la voz sea mas ó menos grata mas ó menos nueva ó antiquada, la fuerza y verdad del lenguaje, la pureza del estílo, la claridad y fluidéz de la diccion, y el nervio y vigor de la expresion. Nuestro idióma castellano no cede á ninguno de los conocidos, ni en la abundancia, y aun opulencia, de sus términos, ni en la facilidad y sencilléz de su sintaxîs ó construccion. Los escritos del siglo diez y seis, y anteriormente las leyes de partida, son y serán monumentos sempiternos de la verdad de mi asercion.

Pero ¿en qué consiste la decadencia de nuestro idióma de que casi todos nos lamentamos en el dia? ¿por qué la dignidad del lenguaje pátrio se halla desfigurada en la mayor parte de las traducciones? El punto es dignísimo de exâminarse, y aunque me considero inepto para hacer de juez en la materia,

séame lícito, como á todo hombre que discurre, aventurar algunas reflexîones de mi cosecha. Prescindamos ahora de las causas políticas y morales que influyen ó hayan podido influir en la citada decadencia del habla castellana, cuyo influxo acelera ó retarda tanto los progresos y aumento de una lengua en ciertas y determinadas materias, y limitémonos únicamente al estado presente de las cosas. Dos clases hay de gentes que, en qualquiera país culto, hablan la lengua nativa: el vulgo y los sabios. Estos la estudian y aprenden metódicamente y por principios, y aquel solo de oídas y por rutina. Por consiguiente, las lenguas son bien habladas y se perfeccionan en boca de los últimos, y se estragan, alteran y corrompen en la del primero, porque ignora las reglas primordiales á que estan sujetas, y los primitivos elementos que entran en su composicion y constituyen su esencia. De esto se infiere, que solo aquellos que hayan aprendido y exâminado su lengua segun las reglas filosóficas que desde Bacon de Verulamio, Locke y otros filósofos posteriores, se han fixado en punto de lenguas, podrán ser los verdaderos jueces y modélos de su propiedad; y se infiere asimismo, que no siendo los idiómas mas que unos métodos analíticos inventados para expresar las ideas y pensamientos que excitan en nuestra alma las impresiones de los objetos exteriores, como sirven los números para expresar las cantidades, aquel será mas exâcto, puro y arreglado, que mas se conforme y subordine al rigor de sus principios constitutivos ó elementos. No trato ahora de indagar las varias causas que han contribuído á adelantar ó atrasar la perfeccion de las actuales lenguas vivas, ni de comparar sus mayores ó menores progresos con respecto á la nuestra, ó con relacion de unas á otras, pues este intento, digno de un talento superior al mio, excede-

ría los límites que me he propuesto en esta nota, y por otra parte pienso publicar con el tiempo varios fragmentos y observaciones sueltas que he aglomerado sobre esta tan importante materia; trato sí de asegurar que las lenguas, siendo perfectibles por su naturaleza, como lo es el hombre que las habla, han debido y deben sus atrasos ó adelantamientos al mayor ó menor grado de conocimientos filosóficos, mas ó menos extendidos entre las naciones de Europa, desde la felíz restauracion de las letras. Las naciones que tengan en el dia mas gramáticas filosóficas, mas tratados de sinónimos, mas diccionarios críticos, etimológicos, de artes, oficios y ciencias, tendrán por la misma razon un lenguaje mas sublíme, correcto y abundante, que las que carezcan de estos auxîlios; y hasta los grados de su cultura, industria y felicidad serán en razon directa de estos medios de ilustrar el entendimiento. Es ésta una verdad demasiado acreditada en ciertas naciones por una felíz experiencia.

Ahora bien, ¿cómo se podrá hablar ni escribir perfectamente en una lengua en que no se hallen uniformemente establecidos y proporcionados los tales medios? ¿qué otro recurso quedará sino el de la imitacion de los que se llaman perfectos modélos? Pero, ¿esos que se llaman modélos, se han de seguir siempre al pie de la letra y sin atender á las variedades introducidas legitimamente en el lenguaje por el transcurso de los tiempos? He aquí toda la dificultad del caso. Hay gentes tan apasionadas del estílo antiguo, que llevando su veneracion hasta el extremo de la idolatría, infaman con la nota de poco castizas, las palabras que el uso, la variedad de los tiempos, los descubrimientos posteriores, la necesidad, y no el capricho, han introducido en los idiómas, afectando una severidad inflexîble en repudiar las voces modernas, buscando como con can-

díl las antiquadas, y usando de propósito de arcaismos, aunque no vengan adequados ni á la materia, ni á la facilidad y armonía que han adquirido las lenguas européas con los nuevos conocimientos científicos. Otros hay (y por desgracia en mayor número), que no habiendo hecho nunca un estúdio formal y filosófico de la índole de su lengua nativa, no solo prefieren las voces extrangeras á las propias, aunque éstas sean igualmente ó tal vez mas expresivas que aquellas, sino que truncan y trastornan hasta el órden de la sintaxîs ó construccion, y aun se empeñan en traducir literalmente los idiotismos ó modos peculiares de hablar de cada lengua, formando con esto una gerigonza ininteligible, porque ignoran, al parecer, que teniendo cada idióma su índole ó carácter propio, ciertas frases y expresiones no pueden traducirse á la letra de una lengua á otra, sin destruccion y ruina del sentido verdadero.

He aquí dos extremos igualmente vituperables en que se incurre muy freqüentemente, y que muy pocos saben evitar en el dia. De aquí tan pocas traduciones buenas y tantos traductores perversísimos. Así los que afectan sin necesidad un lenguaje antiguo, como los que dan toda la preferencia á los términos modernos, debieran saber que en esta materia, como en todas, la máxîma mas segura es atinar con el justo medio, quìero decir, de no trastornar jamas la sintaxîs de una lengua, ni tampoco introducir en ella voces extrangeras, siempre que ella las tenga equivalentes y acomodadas; pero como ni unos ni otros reconocen mas juez legítimo en esta causa que la imitacion de los llamados modélos, resulta que cada uno aboga por su estílo, y el mal se propaga con la rapidéz que vemos. Solo un diccionario crítico de la lengua, en que se fixáse la verdadera significacion de las voces, y la

acepcion comun ó singular &c. en que debian tomarse, sería capaz de poner remedio al mal que experimentamos; y si á este diccionario se agregáse una buena gramática filosófica, una sinonimiología completa, y diccionarios de ciencias y artes, el remedio causaría el deseado efecto, y se desterraría la máxîma de la imitacion, que, aunque buena para los que exâminan á los autores con crítica filosófica, trae el perjuicio para los que no la tienen, de que adopten á ciegas los términos usados por autores de fama, sin investigar la razon que tuvieron para hacerlo en cierta significacion en unas partes, y en otras en sentido totalmente diverso, como á cada paso se está viendo; de manera, que no vale muchas veces la autoridad en esta parte, aun respecto de un mismo autor. Mientras no se aplique este remedio, el mal cundirá insensiblemente y la lengua en manos del capricho, vendrá á ser extraña hasta en su sintaxîs, particularmente en ciertos conocimientos y materias de que son inventoras naciones extrangeras.

No sucedería así, si conservando religiosamente la sintaxîs de la lengua en los escritos, de qualquiera naturaleza que sean, nos prestásemos facilmente á la admision de aquellas voces que el uso y la necesidad califican y autorizan en defecto de las nativas. Las lenguas tienen su estado de infancia, de juventud, de virilidad, de vejez y de decrepitud como el hombre; participan de nuestras pasiones y aun de los caprichos que alternativamente reynan de siglo á siglo y de dominacion á dominacion. La lengua del tiempo de Augusto es muy distinta de la que se hablaba á los principios de la fundacion de Roma; y este cotejo se verifica igualmente en las demas de la Europa. Muchos filósofos han advertido que no hay preocupacion mas perjudicial á los progresos de las ciencias, que la de no admitir voces extrangeras quando faltan nacionales; y el

sabio Fenelón en su carta á la académia francesa la aconseja que imite á la nacion inglesa en la introducion de términos de qualquiera idióma que sean, siempre que puedan contribuir para la facil adquisicion de los conocimientos científicos. Y efectivamente ha resultado de esta máxîma, que los ingleses, no menos ambiciosos y exclusivos en el comercio mercantíl que en el de las letras, han extendido con mucha superioridad á las demas naciones, los límites de su imperio literario. De consiguiente, sería de desear por el aumento de los conocimientos científicos y progresos de la lengua, que se adoptáse la máxîma de Fenelón, con la parsimonia y crítica conveniente, por el cuerpo que es juez y conservador de la pureza de aquella; que se decidiese, como he dicho arriba, la acepcion propia de las voces en un diccionario crítico-filosófico; que en las materias en que nosotros no hemos sido inventores, se admitiesen con facilidad las voces extrangeras, dándolas una terminacion castellana, para no defraudar al público de las invenciones útiles y facilitar al mismo tiempo la version de muchas obras filosóficas de que carecemos; en suma, que se hiciese mas general y libre el uso de los participios activos, que hacen la diccion mucho mas fluida y rápida que los *relativos*, como los llaman los gramáticos, los quales la hacen floxa, arrastrada é inconsistente.

Las lenguas han sido en sus principios obra de la casualidad, y lo son continuamente pasando de boca en boca y de generacion en generacion, con el carácter y variedades de los pueblos que sucesivamente las hablan. Por consiguiente, solo se conservan puras las muertas en los libros que nos han quedado de ellas, y las vivas se fixan tambien en los libros, esto es, en los diccionarios, gramáticas y escritos de los autores que expresan sus concep-

tos con claridad y método, pero con la diferencia de que cada cien años ó quizá cada cincuenta deberian rehacerse, ó á lo menos aumentarse dichos diccionarios, insertando en ellos, con la debida crítica, las nuevas voces que adopta el uso constante ó son producto de los progresos de las ciencias. La lengua castellana, como todas las de Europa, se hablaba y escribia de un modo en el siglo trece, catorce y quince, y de otro en el diez y seis. Consiguientemente y por la misma razon debió alterarse el idioma, como efectivamente se ha alterado desde entonces. Y así no hay mas que leer las leyes de la partida y los antiguos fueros de las ciudades y provincias del Reyno, para convencerse de esta notable diferencia, y cotejar aquel estílo con el de Miguel de Cervantes y el Padre Mariana, á cuyos dos escritores atribuye un sabio español (aunque mirándolos siempre con el respeto que se merecen) la introducion de ciertas locuciones ó modismos extrangeros, tomados con afectacion así de la lengua latina, como de la italiana y francesa, los quales, en su concepto, desfiguraron la magestad y sencillez de la sintaxîs castellana que tanto resplandece en las citadas partidas y fueros. Pero á parte de esto, es visible de siglo á siglo la diferencia accidental en el modo de hablar y de escribir, de que yo trato, en los modélos sin tacha de aquellos tiempos, por exemplo, entre un maestro Leon, un Hernando de Pulgar, un Fernan Gomez de Cibdad Real, un Juan de Guzman, un Gregorio Hernandez de Velasco &c. y así progresivamente hasta los nuestros. De modo que hasta en el dulcísimo Fr. Luis de Leon halla Don Gregorio Mayans, en su vida de Virgilio, novedades introducidas en la lengua, pero novedades útiles y permitidas, diciendo: " las traduciones en »prosa del maestro Leon, son las mas ajustadas al »texto virgiliano, y por eso mas expresivas del sen-

»tido del Poéta, y tambien mas castellanas, mas ele»gantes y mas llenas de modismos, de los quales »fué muy liberal, pues no pocas veces los añadió »de suyo, sin hallarse su correspondencia. Yo se lo »perdono, porque los enseña como insigne maestro »de la lengua castellana." Tan cierto como todo esto es que las lenguas aumentan su caudal de voces, á proporcion de las ideas y conocimientos adquiridos por la sucesion de los tiempos; lo qual la razon y la buena filosofía dictan que debe suceder así, pues no siendo los idiómas mas que un artificio mecánico, ó unos métodos analíticos, como los llama Condillac, inventados para expresar y manifestar á otros nuestros conceptos, bien así como los números para indicar las cantidades, sería un desacierto de graves conseqüencias para las ciencias, empeñarse en conservar intacto este artificio, hecho únicamente para la construccion del sublime edificio de la comunicacion de las ideas, así como se hacen los andamios para la fábrica de los edificios materiales, á cuya altura deben acomodarse siempre aquellos, y nunca estos á la de aquellos.

Pero donde se hace mas necesaria la adopcion de voces nuevas, es en aquellas ciencias que de dos siglos á esta parte se han cultivado en Europa y nosotros hemos recibido de manos extrangeras. Una de dos, ó hemos de castellanizar los términos nuevos y adoptarlos solemnemente, ó usar de los latinos, en cuyo idióma escribieron los autores nacionales que trataron de estas ciencias, pues de lo contrario carecerémos de muchos conocimientos de que tenemos necesidad; en esta parte no hay medio entre carecer ó adoptar. De aquí dimana que es el empeño mas loable, pero el mas árduo y penoso, dedicarse á la traducion de las obras extrangeras de esta clase, mientras no haya entre nosotros diccionarios de física, de historia natural, de botánica,

de química y de todas las demas ciencias, siendo muy dignos de elogio los que emprenden semejantes obras, aun quando no pasen de medianas sus traduciones, y al mismo tiempo de compasion por las grandes dificultades que tienen que vencer y los pocos auxîlios que hay para ello. ¿Quánto mayor mérito no es el de un Español, en iguales circunstancias, que el de un Inglés, Francés, Aleman &c, que escribe de historia natural, por exemplo, pero que tiene á mano libros de toda clase de ciencias, diccionarios copiosos, y sugetos consumados en la materia á quienes consultar? El traductor de Pluche, ¿cómo se habrá visto para darnos en castizo y perceptible lenguaje castellano el *espectáculo de la naturaleza*? ¡Qué sudores no le costaría! Yo no conozco, sino de vista y por el mérito puro de su traducion de Buffon, á Don Josef Clavijo: le miro aquí no como coetáneo, sino como anterior á mí dos siglos, ó como quando le verá y juzgará la posteridad de aquí á cien años; consiguientemente será tanto mas sincéro é imparcial mi juicio acerca de su mérito como traductor, quanto considéro solamente sus escritos, y no las circunstancias de su persona, estado, empléo &c., que son las que pervierten los juicios de los hombres, haciendoles ser severos con los muertos, y muy indulgentes con los vivos. Libre yo de esta flaqueza por carácter, y por la casualidad de no haber hablado en mi vida al mencionado traductor, digo que (prescindiendo ahora de los conocimientos de historia natural que ha necesitado para traducir la de Buffon, de los filológicos para penetrar la fuerza y expresar la hermosura de los incidentes episódicos que con tanta abundancia y maestría introduce el autor, y de los filosóficos en que se muestra tan rico y entendido el Conde de Buffon, pues apenas dexa por tocar ningun punto de aquellos mas sublimes y es-

pinosos de la luminosa metafísica de nuestros tiempos) merece particulares alabanzas por haber abierto un nuevo campo al idióma filosófico español, enriqueciendole con un estílo claro, terso y magestuoso, digno siempre del de Buffon, y en mi opinion superior á él en muchas partes; pudiendo asegurarse de varios trozos de su traducion, que nuestra lengua ha llegado en ellos á aquel grado de magestad, exâctitud y perfeccion de que la considera capaz el autor de la *historia filosófica de las dos Indias* Tomás Raynal.

Sería una cosa tan absurda decir, que en las ciencias naturales y materias filosóficas no hay necesidad de adoptar voces nuevas, como pretender introducirlas en el lenguaje de la poesía, de la historia, de la ciencia del foro, de la legislacion, de la filosofía moral y de todas las ciencias y artes que dependen de la imaginacion, pues en esta parte no cede nuestro idióma ni ha cedido nunca á ninguno de los extrangeros, antes bien los ha superado, como resulta del cotéjo de nuestros escritores del siglo de oro, con los de las demas naciones de aquel tiempo. Y por lo que mira á los buenos escritores de esta clase del siglo pasado y del presente, es muy cierto que no han necesitado valerse de voces ni frases forasteras, para darnos obras dignas de la magestad y riqueza de nuestra lengua. No es necesario citar exemplos muertos, que todos conocen, ni los vivos (aunque en menor número) que en el dia pasan, con razon, por modélos.

Pero ademas de las causas que acaban de referirse, hay dos muy poderosas para que en las traduciones se introduzcan modismos ó locuciones extrangeras, ó á lo menos no se hagan ni con la perfeccion que se requiere, ni con la facilidad que algunos piensan. La primera consiste en la especie de esclavitud que impone el original al talento del tra-

ductor, arrastrándole, como á pesar suyo, y haciendole expresar los conceptos casi á la letra y palabra por palabra, segun estan en el original que tiene delante. Es increible el influxo de esta vista material, llamémosla así, del original, de que solo puede hablar el que se haya exercitado en traducir. Y así suele suceder muchas veces que, sabiendo el traductor decir en su idióma aquello mismo con estílo mas puro, castizo y elegante, se dexa llevar del genio de la lengua de que traduce, se empapa en él, olvida insensiblemente el de la suya y se alucina; siendo esto tan cierto, que á los mejores traductores acontece traducir con menos propiedad de primera vez, que de segunda. Mas es, que qualquiera traductor confesará (siempre que sea inteligente y de buena fe), que ha sido víctima muchas veces de la fuerza de este alucinamiento causado por el original, y que hubiera salido menos defectuosa la traducion, no habiendo tenido aquel delante. Yo por mi parte puedo asegurar con toda verdad y sin hipocresía, que siempre me he visto dominado del original, y no he hecho ni hago version, que despues de impresa no halle acá en mi mente modos de mejorarla, así como un arquitecto, por hábil que sea en su facultad, ve en el edificio construído conforme al primer plan, algunos mejoramientos que vendrian muy al caso, pero que ya no tienen lugar en la obra concluída. En este punto cumplirá qualquiera traductor procurando evitar los dos extremos igualmente viciosos, conviene á saber, de no ser déspota ni esclavo del original. Hay cosas que vertidas de un idióma á otro se mejoran, y otras que por el contrario se empeoran, sin que esto dependa muchas veces de la pericia ó impericia del traductor, sino de la misma índole de las lenguas comparadas entre sí; apenas hay traducion de las regulares en que no se observe este efecto. De consiguiente, hay

un justo medio, como queda dicho, que guardado con escrupulosidad por un traductor, proporciona á la república literaria, á sus conciudadanos y á la patria, las riquezas y tesoros de los conocimientos útiles, que los sabios de todos tiempos y naciones han poseído y poseen actualmente; y semejante servicio merece poco menos aprecio en la nacion donde le hace el traductor, que el del autor en la en que escribe. Los que estan en la creencia de que no hay oficio mas facil ni menos útil, piensan muy al contrario de Cicerón, y de quantos sabios ha producido el mundo antiguo y moderno. Y así decia bien nuestro Fr. Luis de Leon en su carta dedicatoria á su amigo Don Pedro Portocarrero, tratando de sus obras poéticas: "De lo que yo compuse, juzgará cada uno segun su voluntad. De lo que es traducido, el que quisiere ser juez pruebe primero qué cosa es traducir de una lengua estraña á la suya, sin añadir ni quitar sentencia, y con guardar quanto es posible las figuras del original y su donayre, y hacer que hablen en castellano, y no como estrangeras y advenidizas, sino como nacidas en él y naturales. No digo que lo he hecho yo, ni soy tan arrogante, mas helo pretendido hacer y así lo confieso; y el que dixere que no lo he alcanzado, haga prueba de sí, y entonces podrá ser que estime mi trabajo mas; al qual yo me incliné, solo por mostrar que nuestra lengua recibe bien todo lo que se le encomienda, y que no es dura ni pobre, como algunos dicen, sino de cera y abundante para los que la saben tratar..." Finalmente, el sabio traductor de la Odisea, el Señor de Bitaubé, hablando igualmente de la dificultad de traducir, sin propasar el justo medio, se explica así en sus *reflexiones sobre la traducion de los Poétas*: "Pero, ¿qué dirémos de la presuncion de aquellos semi-sabios, que haciendo vana ostentacion de su saber,

»declaman contra las traduciones, que ellos entien»den tan poco como los originales, y de las qua»les ni siquiera tienen la habilidad de aprovecharse? »Hombres hay de esta calaña, que si se les mandára »explicar no mas que algunas líneas del autor, cuya »traducion consideran superflua, se verian atollados »sin atinar á decir cosa acertada. Para traducir, »ademas de penetracion y saber, se requiere un gus»to exquisito y exercitado, sin el qual es imposible »conocer los primores y delicadezas de un autor, »para verterlas con la menor alteracion que sea da»ble, para enriquecer una lengua con nuevas fra»ses, sin perjuicio suyo por otra parte, y para ha»cer algunas veces un maridage felíz del genio de »entrambas. Esto se conseguirá, tomando con pun»tualidad aquel medio, cuyos límites nunca se pue»den reducir ó propasar, sin que quede alguna co»sa que desear."

La segunda causa accidental de las malas traduciones (ademas de las sustanciales arriba dichas, y la de que los mas de los que las emprenden lo hacen sin vocacion, sin conocimiento de la materia, y solo con los primeros elementos del idióma extrangero y pátrio) dimana en gran parte de la falta de diccionarios completos y bien exâctos de la lengua francesa, italiana é inglesa, que son las únicas vivas de que tenemos diccionarios en castellano, á lo menos que yo sepa. Estos diccionarios están compuestos por extrangeros, ó á lo menos impresos fuera de España; de consiguiente, ademas de las erratas de impresion, están llenos de errores y equivocaciones en quanto á la significacion propia de los verbos y voces castellanas, de que podria dar aquí mil exemplos si la cosa no fuese tan clara. No obstante, apuntaré uno, entre mil, tomado del de Gatel, que es el último que nos ha venido de Francia: *Envoi*, dice Gatel, *mission*, *action*, *d' envoyer*, y po-

ne por equivalentes en castellano, *enviada*, *mision*. ¿Puede darse mayor ignorancia del idióma castellano? A este modo hay en Gatel y en los demas diccionarios extrangeros errores sustanciales á millares, cuyos errores no sabiendo distinguirlos los traductores, que ignoran la propiedad de la lengua castellana, pasan de los libros extrangeros á los traducidos, y así salen afeadas las traduciones; y este mal causa tanto mas estrago, quanto los traductores satisfechos con lo que dicen los tales diccionarios, no recurren ni se les ofrece recurrir al diccionario de la lengua castellana. En otro diccionario se lee lo siguiente que cópio á la letra: *Palmier*, *palma*, *planta ó arbol*; *coco*: *arrendado*, *tomado á renta*. Esta equivocacion de las últimas palabras *arrendado*, *tomado á renta* con la voz *Fermier*, que es á quien pertenecen, aunque en significacion contraria á la en que aquí se toman, sin duda es bien estraña. Pues á este modo se encuentran, como he dicho, millares de errores en los diccionarios de que hablamos, y solo pueden ser útiles en España, encargandose algun sugeto inteligente, ó mejor un cuerpo de literatos, de reformarlos y castigarlos. Entretanto los traductores que hayan de servirse de ellos, irán muy mal guiados. Pero ademas de estas dificultades hay otra muy notable, que es la de dar en castellano una significacion propia á ciertas frases, palabras y verbos de la lengua francesa, á que solo me contraygo aquí, los quales son intraducibles á nuestro idióma, sino por medio de una perifrasis ó circunlocucion prolija. Por exemplo, *Planer*, y otros muchos á este modo, que con razon se pueden llamar *escollos de traductores*, no tiene equivalente castellano ni en el sentido recto, ni en el translaticio. Estos inconvenientes durarán mientras no haya un diccionario completo de ambas lenguas, en que adoptando ciertas locuciones y aplicando la crítica al

exâmen de las palabras, se determine el valor elemental y propio de cada una, con respecto á la índole ó genio de los dos idiómas.

El merito de las lenguas consiste principalmente en la claridad de las palabras, que son los signos de las ideas; si estos son vagos, obscuros, equívocos ó arbitrarios, el lenguaje será incierto y nos inducirá en error á cada instante. Los que conciben una idea con claridad, la expresan con términos propios y acomodados, y se valen de todos los medios posibles hasta hallar, entre diferentes imagenes, la imagen propia de su pensamiento para comunicarle á los demas, como ellos le conciben. En esto consiste el verdadero uso de las lenguas y la verdadera eloqüencia; y, á mi corto entender, si Fr. Luis de Leon y los demas maestros de la lengua, han explicado sus conceptos con tanta dulzura y claridad que se han hecho entender de los mas rudos, no ha dimanado de otro principio sino de que, mirando ellos las lenguas como meros instrumentos del pensamiento, han procurado principalmente expresar los suyos, escogiendo las voces y expresiones mas propias é inteligibles, y usandolas continuamente de mil y mil maneras, con aquella sencilléz y naturalidad que lexos de perjudicar á la energía del lenguaje, contribuye por el contrario á su mayor fomento. Los antiguos gramáticos, ignorando el destino de las lenguas y mirando su mecanismo material con supersticioso acatamiento, encadenaron la inteligencia humana con perjuicio de sus progresos; pero confiado ya el manejo del tesoro de las lenguas á cuerpos ilustrados, á quienes las luces de la filosofia han enseñado su verdadero uso y objeto, se aumenta cada dia este tesoro, preservado siempre de las injurias de la ignorancia, del mal gusto y del tiempo. La aplicacion de la filosofía al exâmen de los elementos del arte de hablar, es la única pan-

tómetra ó medida universal, por donde se gradúa l verdadera propiedad ó impropiedad de las voces, la que señala los abusos introducidos, por falta d este exâmen, en el lenguaje comun y literario, co detrimento de la felicidad humana en el atraso de lo verdaderos conocimientos: pues como dice *Borrelly* e su preciosa obra dispuesta para enseñar á raciocina y discurrir rectamente á la juventud, con este título *Elementos del arte de pensar ó la lógica reducida lo que es meramente útil*, pág. 93 de la traducio castellana: "El lenguaje comun está lleno de obs- »curidad y confusion, y en él se abusa de mil mo »dos de las palabras; y de esta falta de expresars »y darse á entender los hombres, resulta una infi »nidad de ideas inexâctas en el trato humano."

Disculpe el lector lo dilatado de esta nota en ob sequio de la importancia de la materia, no tratada hasta ahora entre nosotros con toda la dignidad interés que ella requiere, y que yo me complacería en ver desentrañada en toda su extension, por u ingenio mas felíz y profundo que el mio, qual con viene que sea el que lo haya de executar.

(*Nota 2. á la página 57.*)

Acuérdome de aquel instante lleno de júbilo y de turbacion, en que por la primera vez sentí mi singular exîstencia. Yo no sabía lo que era, dónde estaba, ni de dónde venia. Abrí los ojos: ¡qué aumento de sensacion! La luz, la bóveda celeste, el verdor de la tierra, lo cristalino de las aguas, todo me ocupaba, me animaba y me daba una sensacion inexplicable de gozo. Al principio creí que todos estos objetos estaban en mí mismo, y componian parte de mi sér.

Empezaba á afirmarme en este reciente pensamiento, quando volví los ojos al astro de la luz:

su resplandor me ofendió ; cerré involuntariamente los ojos, y sentí un ligero dolor. En este instante de obscuridad creí haber perdido casi todo mi sér.

Afligido y pasmado pensaba en esta grande mudanza, quando repentinamente oí sonidos: el canto de los páxaros y el ruido blando de los ayres formaban un concierto, cuya dulce impresion penetró hasta lo íntimo de mi alma : escuché largo tiempo, y luego me persuadí á que aquella harmonía era yo mismo.

Atento y enteramente ocupado en este nuevo genero de exîstencia, olvidaba ya la luz, aquella otra parte de mi sér, que antes de todo habia conocido, quando volví á abrir los ojos. ¡ Qué gozo el mio, quando de nuevo me ví en posesion de tantos objetos brillantes! Mi júbilo excedió á quanto habia sentido la vez primera, y suspendió por algun tiempo el efecto alhagüeño de los sonidos.

Fixé mis ojos en mil objetos diversos, y en breve conocí que podia perderlos y recobrarlos, y que estaba en mi arbitrio destruir y reproducir segun mi voluntad aquella hermosa parte de mí mismo, la qual, aunque me pareció de inmensa magnitud, por la cantidad de los accidentes de luz, y por lo vário de los colores, creí reconocer que estaba toda contenida en una porcion de mi sér.

Ya empezaba á ver sin agitacion y á oír sin inquietud, quando un ayre suave, cuya frescura sentí, me conduxo perfumes que me causaron un íntimo placer, y me inspiraron amor á mí mismo.

Agitado de todas estas sensaciones, y convidado por los placeres de una tan bella y magnífica exîstencia, me levanté repentinamente y me sentí arrebatado de una fuerza desconocida.

Solo dí un paso: la novedad de mi situacion me dexó inmóvil: mi sorpresa fué extrema : creí que mi exîstencia huía : el movimiento hecho ha-

bia confundido los objetos; y me imaginé que todo estaba en desórden.

Llevé la mano á mi cabeza, toqué mi frente y ojos, recorrí mi cuerpo, y entonces me pareció mi mano el órgano principal de mi exîstencia. Lo que sentia en esta parte era tan distinto y tan completo, y su goce me parecia tan perfecto en comparacion del placer que me habian causado la luz y los sonidos, que puse todo mi afecto en esta parte sólida de mi sér, y conocí que mis ideas adquirian sublimidad y realidad.

Todo lo que tocaba en mí parecia daba á mi mano sensacion por sensacion, y cada contacto excitaba en mi alma duplicada idea.

No tardé mucho en conocer que esta facultad de sentir estaba esparcida en todas las partes de mi sér, y en breve reconocí los límites de mi exîstencia, cuya extension me habia parecido inmensa al principio.

Habia puesto los ojos en mi cuerpo y juzgádole de extraordinario volúmen, y tan grande, que todos los objetos que se habian presentado á mi vista, no me parecian ser, comparados con él, mas que unos puntos luminosos.

Exâminéme largo tiempo: sentía complacencia en mirarme: seguia á mi mano con la vista, y observaba sus movimientos. Las ideas que sobre todo esto me ocurrieron, fueron muy estrañas. Yo creía que el movimiento de mi mano solo era una especie de exîstencia fugitiva, una sucesion de cosas semejantes. Acerquéla á mis ojos, y entonces me pareció mayor que todo mi cuerpo, é hizo que desapareciese de mi vista infinito número de objetos.

Empecé á sospechar que habia ilusion en la sensacion que recibia por los ojos. Habia visto distintamente que mi mano solo era una pequeña parte de mi cuerpo, y no podia comprender que se hu-

biese aumentado hasta parecerme de tamaño desmedido; y en conseqüencia, resolví no fiarme sino del tacto, el qual no me habia engañado aún, y desconfiar de todos los demas modos de sentir y de exîstir.

Esta precaucion me fué útil. Habia vuelto á ponerme en movimiento: caminaba con la cabeza levantada mirando al cielo, y tropecé ligeramente en una palma: asombrado, puse mi mano en aquel cuerpo estraño, juzgándole tal porque no me volvia sensacion por sensacion: desviéme con cierta especie de horror, y conocí por la vez primera que habia algo fuera de mí.

Mas agitado con este nuevo descubrimiento que lo habia estado con todos los demas, me costó dificultad el tranquilizarme; y habiendo meditado sobre este suceso, inferí que debia juzgar de los objetos exteriores como habia juzgado de las partes de mi cuerpo, y que solo el tacto podia asegurarme de su exîstencia.

Procuré, pues, tocar quanto veía: quise tocar el sol, extendí los brazos para abrazar el orizonte, y no encontré mas que el vacío de los ayres.

A cada experimento que hacía, caía de sorpresa en sorpresa, porque todos los objetos me parecia estaban igualmente cerca de mí: hasta haber hecho infinitas pruebas, no aprendí á servirme de mis ojos para guiar mi mano; y como ésta me daba ideas totalmente diversas de las impresiones que recibia por el sentido de la vista, no estando de acuerdo entre sí mis sensaciones, mis juicios eran por lo mismo mas imperfectos, y el total de mi sér no era todavía para mí mismo mas que una exîstencia confusa.

Hallábame profundamente ocupado en mí mismo, en lo que era y en lo que podia ser; pero las contrariedades que acababa de experimentar, me humi-

llaron. Quanto mas reflexîonaba, mas dudas me ocurrian, hasta que fatigado de tantas incertidumbres, y de los varios movimientos de mi alma, sentí doblarse mis rodillas, y me hallé en una situacion de reposo. Este estado de tranquilidad dió nuevas fuerzas á mis sentidos: yo estaba sentado á la sombra de un árbol hermoso, del qual baxaban, en forma de racimos, hasta el alcance de mi mano, unas frutas de color bermejo, las quales toqué ligeramente, y al instante se separaron de la rama, como se separa el higo quando está maduro.

Cogí una de estas frutas, imaginándome haber hecho una conquista; y me vanagloriaba de la facultad que sentia en mí, de poder contener en mi mano otro sér todo entero: su peso, aunque ligero, me pareció una resistencia animada, y me deleytaba en vencerla.

Acerqué esta fruta á mis ojos: consideré su color y figura; y un olor delicioso me hizo acercarla mas. Púsela cerca de mis labios: atraxe con dilatadas inspiraciones su perfume, y gocé ámpliamente del deleyte del olfato: halléme interiormente lleno de aquel ayre embalsamado: mi boca se abrió para exâlarle: luego se volvió á abrir para volver á percibirle; y sentí que poseía un olfato interior mas fino y delicado que el primero: al fin probé la fruta.

¡Qué sabor! ¡qué nueva sensacion! Hasta allí no habia tenido mas que placeres: el gusto me dió la sensacion del deleyte: la intimidad del goce me inspiró la idea de la posesion: creí que la sustancia de aquel fruto se habia convertido en la mia, y que yo era dueño de transformar los seres.

Lisonjeado con esta idea de poder, é incitado del placer que habia sentido, cogí un segundo y un tercer fruto, y no me cansaba de exercitar mi mano para satisfacer mi gusto; pero un desfalleci-

miento agradable, que poco á poco se apoderó de todos mis sentidos, entorpeció mis miembros, y suspendió la actividad de mi alma, de cuya inaccion juzgué por la blandura y suavidad de mis pensamientos: mis sensaciones enervadas redondeaban todos los objetos, y solo me presentaban imágenes débiles y confusas: en este instante mis ojos, ya inútiles, se cerraron, y mi cabeza, á quien ya no sostenia la fuerza de los músculos, se inclinó para que la sirviese de apoyo la verde yerba.

Todo se obscureció, todo desapareció: interrumpióse la série de mis ideas, y perdí el conocimiento de mi exîstencia. Este sueño fué profundo; pero, no teniendo todavía idea del tiempo, ni modo de medirle, ignóro si fué de mucha duracion. El despertar me pareció un segundo nacimiento, y lo único que conocí fué que habia cesado de ser.

La aniquilacion que acababa de experimentar, me excitó ideas de temor, y me dió á conocer que yo no habia de exîstir siempre.

Otra inquietud me asaltó en la duda de si habia dexado en el sueño alguna parte de mi sér, y así puse en exercicio mis sentidos, y procuré exâminarme y reconocerme.

¡Pero quál fué mi sorpresa quando, mientras recorria con los ojos los contornos de mi cuerpo para asegurarme de que nada habia perdido de mi exîstencia, ví á mi lado una figura semejante á la mia! Toméla por otro yo mismo, y lexos de haber perdido nada, ínterin habia cesado de ser, creí haberme duplicado.

Puse mi mano en este nuevo sér, ¡qué embargo de mis sentidos! Aquella figura no era yo, pero era mas que yo, y mejor que yo. Creí que mi exîstencia iba á mudar de sitio, y á pasar toda entera á aquella segunda mitad de mí mismo.

Sentí que báxo de mi mano se animaba, y la

ví tomar pensamiento en mis ojos: los suyos hicieron correr por mis venas un nuevo principio de vida: yo hubiera querido darla todo mi sér: ésta voluntad ó deseo ardiente completó mi exîstencia, y me encontré dotado de un sexto sentido.

En este instante el astro del dia, al fin de su carrera, extinguió su antorcha: apenas percibí que perdia el sentido de la vista: exîstia demasiadamente para tener recelo de cesar de ser; y por lo mismo fué en vano el que la obscuridad en que me hallaba, me recordáse la idea de mi primer sueño. (*Traducion castellana, tomo IV. pág.* 346.)

(*Nota* 3. *á la página* 115.)

La Europa (dice el Señor de Bury, hablando de la restauracion de las letras en Europa) se hallaba sumergida en una total ignorancia de aquellas ciencias que podian amenizar y dar nuevo brillo á los estudios. Para salir de tan miserable estado fué necesaria una revolucion como la que arruinó el imperio de los griegos en el oriente, verificada con la conquista de Constantinopla de que se apoderó Mahometo II. Emperador de los Turcos, apellidado el Grande, en 29 de Mayo de 1453, el qual como no intentáse hacer en ella su principal residencia, tuvo bastante autoridad para con sus tropas á fin de que no lo llevasen todo á saquéo. Pero habiendo echado de ver de allí á poco, que sin embargo de esto los cristianos huían de Constantinopla, cuya despoblacion queria él evitar, mandó juntar los principales griegos que habian quedado, y les ordenó que hicieran eleccion de un Patriarca en lugar del que habia muerto durante el asedio, y que en habiendole elegido le llevâran á su palacio imperial. Así lo executaron ellos; y habiendose presentado el nuevo Patriarca al Emperador, le

mandó montar en un caballo ricamente enjaezado, y acompañado de Mahometo y de una numerosa comitiva de sus principales cortesanos y oficiales á caballo, le conduxo como en pompa á la Iglesia de Santa Sophia, donde, despues de haberle instalado en la silla patriarcal, dió un decreto por el qual concedia á todos los cristianos el libre exercicio de su religion, mandando despues por edictos públicos que nadie los inquietára por esta razon. Sin embargo de esto no pudo impedir el Emperador el que los griegos de mas concepto y sabiduría, por no vivir en Constantinopla báxo la dominacion Musulmana, se expatriasen voluntariamente, llevando consigo tesoros desconocidos á los Turcos, en los manuscritos originales de las obras de los filósofos antiguos que habian florecido en Grecia en aquellos siglos en que brillaron en ella con tanto esplendor las artes y ciencias. Estos griegos, pues, retirados unos á Roma, otros á Florencia, y muchos á Venecia, se extendieron con el tiempo por toda la Europa, la enriquecieron con los expresados manuscritos, y en todas partes hallaron asilo seguro y honorífico; siendo los mas distinguidos entre ellos el Cardenal Bessarion, Gemista Plethon, Jorge de Trebisonda, Teodoro de Gaza, Juan Argirophilo y otros muchos, los quales hallaron proteccion en la mayor parte de los Príncipes de aquel tiempo que habian empezado á sacudir el yugo de la barbarie *literaria* y tenian una declarada aficion á las verdaderas ciencias. En el número de estos Príncipes, amigos del genero humano, se cuentan el Papa Nicolas V, el Emperador Federico III, Cosme de Médicis, llamado el padre de los literatos, Juan Galeas Duque de Milán, Alfonso Rey de Aragon y de Sicilia, Roberto Rey de Nápoles, Matías Corvino Rey de Ungría, Federico Feltro Duque de Urbino y Francisco I Rey de Francia.

La Italia fué la primera que empezó á cultivar las ciencias y bellas artes, en el siglo quince y diez y seis, en cuya época se consideró como el medio mas eficaz para hacer revivir las letras, el estúdio fundamental y por principios de las lenguas griega y latina, y la lectura de los autores antiguos. Con efecto, los sabios fugitivos de Constantinopla enseñaron la lengua griega, y la latina se estudió mejor por los preciosos manuscritos sacados de las bibliotecas, donde habian estado sepultados hasta entonces. Con el conocimiento del griego y del latin, con las ediciones correctas de los autores antiguos restituídos á su primitiva entereza, é ilustrados con comentarios, y con el descrédito de los escolásticos y sofistas que usaban de una gerigonza bárbara é ininteligible, empezó la razon á tomar nuevo vuelo y á pensar por sí misma. Familiarizados ya los griegos con los italianos y acostumbrados á sus usos, compusieron varios tratados filosóficos, explicando sus opiniones y declarandose unos por Aristóteles, y otros por Platon. Gemista Plethon, muy distinguido en la corte de los Médicis, tanto por su sabiduría, como por la severidad de sus costumbres, publicó en Florencia un tratadito en que, comparando á Aristóteles con Platon, daba toda la preferencia al último, de lo qual resultó una formal division entre los sabios, haciendose recomendable Jorge de Trebisonda por la defensa de Aristóteles que al mismo tiempo emprendió, elogiándole con expresiones exâgeradas en todas las ocasiones que se le presentaban; y como tenia mucha introducion en la Corte del Papa Nicolas V, de quien era secretario particular, importunaba á todos con sus discursos y ponia á Aristóteles muy superior á Platon. El Cardenal Bessarion, que era platónico de corazon, temiendo se desechâse enteramente la lectura de las obras de su maestro, publicó un libro intitulado: *contra el ca-*

lumniador en que decia que aquel gran filósofo habia sido poco menos que iluminado con las luces del cristianismo, y que muchos Padres de la Iglesia le habian citado para probar los misterios, y le llamaban el Moysés de Atenas: con otras alabanzas de la doctrina platónica que inclinaban á su veneracion, y á las quales daban mucho peso el mérito personal del Cardenal, que mantenia su dignidad con el mayor esplendor, y la liberalidad con que protegia á los literatos, siendo su casa el lugar á donde concurrian todos los sabios de Roma, á quienes acogia con particular bondad, satisfaciendo á sus qüestiones y socorriendo sus necesidades.

El gran Cosme de Médicis que gustaba en extremo de la filosofía de Platon, y tenia mucha complacencia en oir hablar de ella, inspiró insensiblemente el mismo gusto á la Corte de Florencia, y á los Príncipes de su casa, los quales instituyeron una académia, cuyos indivíduos habian de ser platónicos por constitucion, y se les precisaba á hablar un idióma enérgico y limado, á imitacion de su maestro. De qualquiera manera, no pueden ser bastantemente alabados Cosme, Pedro, Juan y Lorenzo de Médicis por su amor á las letras, y por la proteccion que dispensaron á los sabios.

Pero al mismo tiempo que se extendian por toda la Italia la reputacion de Platon y el gusto de su filosofía, adquiria insensiblemente la de Aristóteles cierta opinion, que creciendo de dia en dia llegó al grado de autoridad en que despues se vió, siendo el primero que contribuyó á esta revolucion el Papa Nicolás V, habiendo mandado traducir al latin muchas obras de aquel filósofo, cuyas versiones fueron bien acogidas, así por la autoridad de quien las habia mandado hacer, como por las liberalidades con que promovia el estúdio de la doctrina de Aristóteles. Tambien Alfonso I Rey de Nápoles, el qual

solia decir gracejando, que antes querria perder el reyno que su biblioteca, hizo traducir varias obras suyas; y lo que hay de singular en el asunto es que se dirigió para esto al Cardenal Bessarion, sin embargo de su declarada pasion á la doctrina de Platon: y el Cardenal por complacer al Rey así lo executó, dedicando su traducion con notas al mismo Alfonso, y lisonjeando su gusto con decirle que dividia su atencion entre la gloria del cetro y el estúdio de la filosofía, y que en la víspera de una batalla estudiaba en su tienda con tanta serenidad, como en plena paz.

Con esto la filosofía de Aristóteles adquirió algun crédito en Italia, y tuvo partidarios al principio, aunque pocos. Los que se preciaban de hablar y escribir bien, seguian á Platon, seducidos y arrastrados por la elegancia de su estílo, siendo de este número Pico y su sobrino Juan Francisco de la Mirándola, Hermolao Bárbaro Patriarca de Aquiléa, Angel Policiano, Gerónimo Frascator y otros literatos del siglo quince y diez y seis. Pero el exceso en que dieron estos nuevos platónicos, no solamente los hizo ridículos, sino odiosos; ridículos por el sistéma de los genios y de la preexistencia de las almas que quisieron introducir: y odiosos por la autoridad y crédito que intentaron dar á Platon, mirando sus escritos como una especie de texto divino. Esta extravagancia les acarreó poco á poco el desprecio general, y por consiguiente la ruina del sistéma platónico, el qual, siendo al principio del siglo quince el estúdio á que estaban enteramente entregados los literatos de Italia, se olvidó del todo muy al empezar del diez y seis, levantándose sobre sus ruinas la filosofía Aristotélica, la qual permaneció victoriosa hasta el nacimiento de los Copérnicos, de los Tolomeos, de los Galiléos, de los Gasendos y Cartesios. Pero Cartesio fué el que acabó

de disipar las tinieblas del escolasticismo con su método geométrico, por medio del qual, caminando de principios en principios y de proposiciones en proposiciones, formó un cuerpo de doctrina mucho mas ordenado que el de Galiléo, y de mas invencion y novedad que el de Gasendo, inventando con su ingenio fecundo y contemplativo una nueva física.

Como el amor de las letras se habia propagado en Europa, por la felíz revolucion verificada á principios del siglo quince en todas las ciencias y artes, las diversas naciones de ella se aprovecharon mas ó menos de las luces de la nueva filosofía, segun la diferencia de su carácter é inclinaciones respectivas. Los españoles de genio naturalmente grave, y propensos á reflexîones y sutilezas, se dieron á la dialéctica y á las precisiones metafísicas. Los italianos tomaron un rumbo mas suave y acomodado, y se dedicaron á las bellas artes y ciencias amenas. Los franceses llevados de su espíritu de curiosidad, y capaces de todo por la viveza de su ingenio, fueron mas felices que ninguna otra nacion en la universalidad de conocimientos con que enriquecieron á su patria. Los ingleses por aquella profundidad de pensar, característica de su nacion, siguieron los métodos mas abstrusos y dificiles, y se dedicaron con tesón á la física y á la observacion de la naturaleza, como lo muestran sus obras. Los alemanes y demas naciones del norte, precisadas por el rigor de sus climas á no separarse de la lumbre, se entregaron á la química.

Pero la ciencia mas generalmente cultivada en Europa fué la física, á la qual se dedicaron los sabios con tal ardor, que en menos de sesenta años se han hecho mas descubrimientos en ella por medio de los experimentos, observaciones é invencion de varios instrumentos astronómicos, que antes en mil y quinientos, pues se ha encontrado el arte de

conocer por el termómetro las variaciones del ayre, y de observar con tanta puntualidad el curso de los astros, como el movimiento de un relox, ó la carrera de la sombra en un quadrante. Ultimamente parece que, por la virtuosa emulacion excitada entre los físicos de la Europa, empezó el mundo á girar sobre otros principios, el mar á surcarse con mas facilidad por el arte de la navegacion, y la tierra á ser mas útil por el conocimiento de los simples, mixtos, sales y minerales; en suma el estudio de los experimentos llegó á un punto á que nunca se habia visto elevado. ¿Qué diremos de la perfeccion en que hoy se halla la anatomía, la qual nos manifiesta los resortes admirables del movimiento del corazon, la circulacion de la sangre, la estructura del cerebro y la economía universal del cuerpo humano? Si yo intentára referir por menor quanto se ha descubierto en la naturaleza, por medio del estúdio y la aplicacion, no tendria término mi relacion.

FIN DE LA OBRA.

Se hallará en las librerías de Barco carrera de S. Gerónimo; de Llera plazuela del Angel; y de Gomez calle de las Carretas. En las mismas librerías se hallan *la Pamela* traducida del inglés; el *Cristiano en el templo* de Caraciolo; *Espíritu de la biblia* del Abad Martini; la *nueva lógica* de Borrelly y el *catecismo de Fleury* en frances y en castellano.




BIBLIOTECA UNIVERSITARIA DE MÁLAGA
6108145543